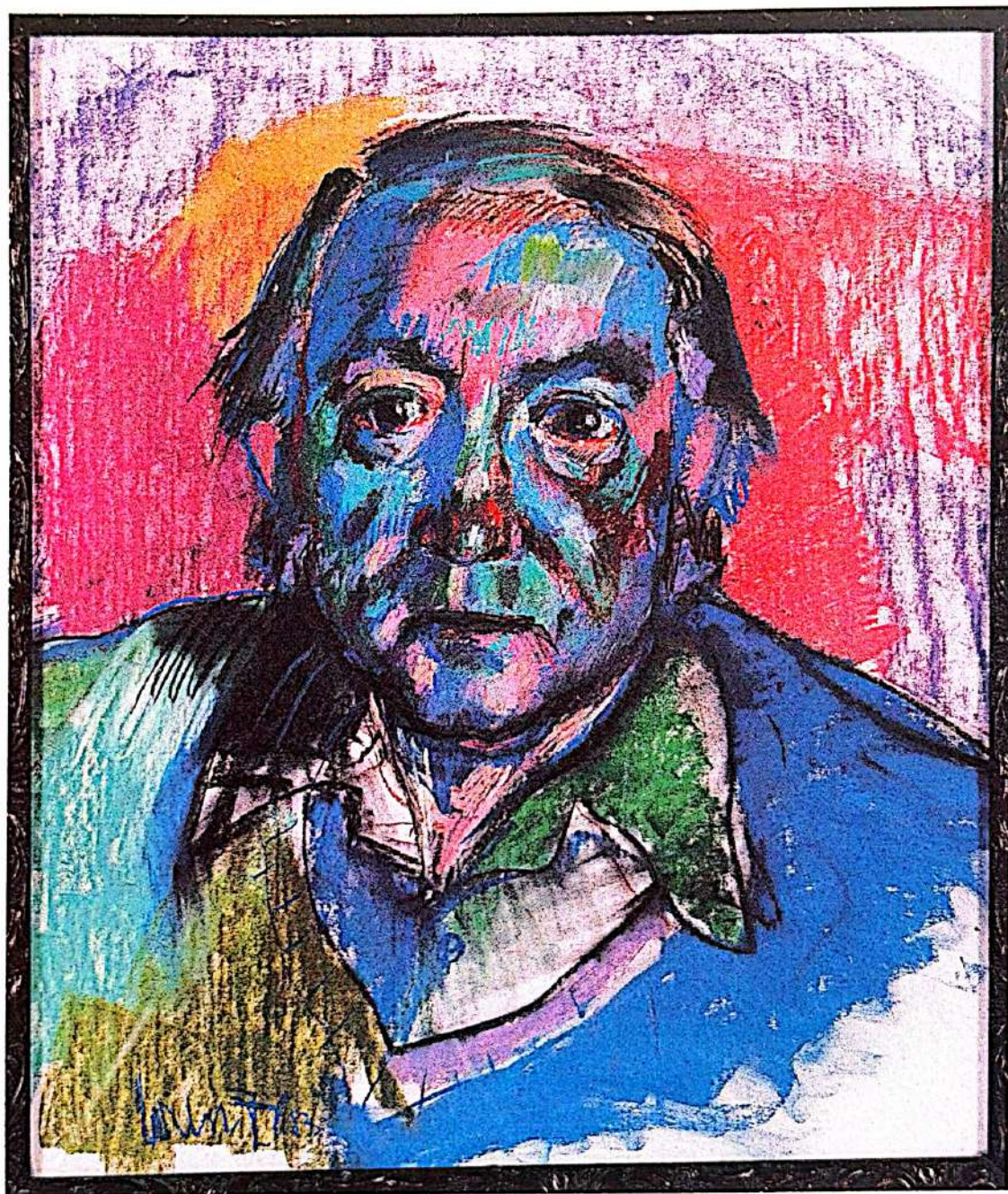


ISSN 0120-0216



aleph



octubre/diciembre 2015, año XLIX

Nº 175



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carátula: Retrato al pastel de Jaime Jaramillo-Uribe (1983) por su hijo Lorenzo Jaramillo

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo
Valentina Marulanda (N)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Jorge-Eduardo Hurtado G.
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz
Tel. +57.6.8864085
<http://www.revistaaleph.com.co>
e-mail: aleph@une.net.co
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

Armada e impresión:
Jerónimo & Gregorio Matijasevic,
Arte Nuevo, Manizales Col.
matijasevic@outlook.com

octubre/diciembre 2015

aleph

Año XLIX

Muy estimado Carlos
Amigues :

Muchísimas gracias por el
envío del volumen Aleph, que
como siempre está excelente
Y gracias por sus generosas
palabras a propósito del
premio "Planeta-Historia".

Le deseo unos felices novi-
dades y un 1999 muy
fructífero para su trabajo
y pleno de bienestar para
los suyos. Reciba un
muy afectuoso abrazo de
Jaime Jaramillo Uribe

Jaime Jaramillo-Urbe

Jaime Jaramillo-Uribe y el campo de la historiografía profesional en Colombia¹

Jaime-Eduardo Jaramillo J.



Jaime Jaramillo-Uribe

En este capítulo me he referido especialmente al liderazgo intelectual de Orlando Fals Borda, como investigador de temáticas referentes al campesinado y fundador y primer decano de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, en la inicial conformación de un campo de la sociología en Colombia. Con fines contrastativos, y sin el nivel de profundización que he desarrollado para dar cuenta de la incidencia del profesor Fals en los años sesenta, en la constitución de la sociología como disciplina y profesión en el país, me referiré en este intertítulo a ciertos aspectos de la relación del profesor Jaime Jaramillo-Uribe con la sociología y a su incidencia en la inicial conformación de un campo académico de la historiografía en Colombia, también concebido como saber disciplinar, organizado dentro del sistema universitario y, de modo correlativo, como una práctica profesional, reconocida y legitimada. Así, cuando la Universidad de los Andes le confirió a su Profesor Jaime Jaramillo-Uribe, el título de *Doctor Honoris Causa* en 1.994, expresaba con justicia:

“En el curso de los últimos treinta años, los estudios históricos en Colombia han entrado por el seguro camino de las Ciencias

¹ Este es un intertítulo, extraído del capítulo: “La formación de campos académicos en las ciencias sociales en Colombia”, que aparece en el texto de mi autoría elaborado para la promoción a Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia (Este intertítulo está inédito). Bogotá. 2005

Sociales al inaugurar una investigación científica propia de la disciplina. No sería exagerado referirse a Jaime Jaramillo-Urbe como el iniciador de este nuevo camino en la Historia y, por lo tanto, como el padre de la historiografía profesional en el país. A él se debe la noción del historiador profesional y fue quien precisó las virtudes propias de quien realiza este trabajo”.

(....) “Pensó que no podría sustraerse de una preparación en aquellas disciplinas que configuran instrumentos de trabajo como la Economía, la Sociología, la Filosofía y el Derecho - tal como lo concibiera la historia clásica antes de 1.810 -, sin olvidar aquellas ayudas que le ofrecen al mundo actual en demografía y estadística”.

(....) “Una visión integradora de las indispensables áreas del saber habrían de configurar un concepto moderno para el historiador profesional, sin olvidar el amor al idioma y una sensibilidad adecuada” (Universidad de los Andes, 1.994, p. 2).

Nacido en Abejorral (Antioquia) en 1.917, Jaramillo-Urbe estudió Ciencias Sociales en la Escuela Normal Superior (ENS), en Bogotá. En ella, señala Bernardo Tovar:

“Percibió que no había estudiosos dedicados en una forma sistemática y profesional a la historia; que era necesario investigar la historia nacional con nuevos métodos y abordar los aspectos desconocidos: los económicos, sociales y culturales; por último, que no existía, prácticamente, la historia colonial, que la colonia era completamente desconocida” (Tovar, 1.996, p. 146).

Tras graduarse de la Escuela Normal Superior (ENS), en 1.941, Jaramillo-Urbe, uno de sus más talentosos egresados, recibió la responsabilidad de dictar en ella la cátedra de Sociología. Al respecto señala Jaramillo:

“Creo haber sido la primera persona que enseñó Sociología moderna aquí; en la Escuela Normal Superior primero, y luego, en la Universidad Nacional. Lo que se llamaba Sociología era una historia de las ideas sociales, pero no se tenía la visión de que la Sociología era una disciplina muy precisa, incluso muy técnica” (Cit. Tovar, 1.996, p. 147).

En efecto, en los años 20 y 30 del siglo pasado habían dictado cátedras universitarias de Sociología, en Facultades de Derecho en Colombia, Diego Mendoza Pérez, Diego Montaña Cuéllar y Germán Arciniegas, entre otros, pero es en la cátedra de Jaramillo-Urbe en la ENS, a comienzos de los años 40, cuando esta disciplina académica es concebida no como teoría social, sino como una *ciencia social*, que poseía unos postulados teóricos y metodológicos específicos. Además de los fundadores de la sociología, en el curso de este joven profesor se estudiaba con atención a Durkheim y a Max Weber, piedras miliare del pensamiento sociológico, así como a

figuras recientes de esta disciplina en Europa y los Estados Unidos. Así mismo, este actualizado docente hablaba en su asignatura sobre la “teoría de los grupos”, propia de la sociología norteamericana, corriente nacional de este saber que, vinculada a la “geopolítica del conocimiento”, alcanzaría un carácter paradigmático después de la Segunda Guerra Mundial, en Latinoamérica.

El encuentro o interfecundación entre la Historia y la Sociología, expresados en la obra historiográfica y ensayística de este notable intelectual, esta sinergia entre miradas, conceptos y metodologías de dos disciplinas científicas modernas, constituyen un aporte decisivo del autor, no sólo para el desarrollo de la historiografía sino para las ciencias humanas en Colombia. Además, Jaime Jaramillo creó las primeras directrices, sólidamente construidas, de la *historia social y cultural* en el país, al tiempo que él ha sido una fuente de referencia significativa para autores de la sociología histórica en Colombia.

“Después de todo – ha escrito Immanuel Wallerstein – ser histórico no es propiedad exclusiva de las personas llamadas historiadores, es una obligación de todos los científicos sociales. Ser sociológico no es propiedad exclusiva de ciertas personas llamadas sociólogos sino una obligación de todos los científicos sociales.” (Wallerstein, 2001, p. 106).

Confluyen en la innovadora visión del académico colombiano los mejores aportes de la sociología histórica europea y de la historiografía de aquel continente, como también de algunos investigadores sociales latinoamericanos, permitiéndole establecer puentes entre estas dos disciplinas, cuando un segmento de los historiadores actuales parece encerrarse en sus límites disciplinarios, planteando así frente a los practicantes profesionales de otros saberes cercanos, pleitos de “legitimidad” académica para “defender” límites simbólicos de su conocimiento especializado y establecer definiciones unilaterales de la realidad social.

De Max Weber (sociólogo, jurista, historiador y politólogo alemán, uno de los autores fundamentales reconocidos de las ciencias sociales en el siglo XX), el profesor Jaramillo conoció su pensamiento y metodología al asistir al ciclo de conferencias que dictó José Medina Echavarría sobre dicha personalidad, en la Universidad Nacional en 1.945, invitado por el rector Gerardo Molina (Jaramillo J., 2007). En ese periodo, este sociólogo hispano-mexicano (uno de los pioneros de la sociología profesional en Latinoamérica), presentaba en Bogotá la primera traducción completa de la monumental obra del autor alemán: *Economía y sociedad* (Weber, 1944).²

2 - La *Revista Universidad Nacional*, en 1.945, registraba con entusiasmo la presencia en el país de este transerrado español, convertido ya en una figura de la emergente Sociología latinoamericana (Jaramillo J., 2.007), anunciando que el mencionado intelectual iniciaría un curso regular de Sociología en la Facultad de Derecho, así como un Seminario. con el fin de realizar: “Un estudio profundo de la Sociología de Max Weber.

Ella fue editada por la editorial *Fondo de Cultura Económica*, antes de que fuera traducida de manera íntegra, al inglés, al francés o a cualquier otro idioma diferente al español.

Lector omnívoro y disciplinado, en la formación intelectual de Jaramillo-Urbe influyó tempranamente el marxismo, al cual se adhirió en su primera juventud, como lo hicieron otros intelectuales de su generación, y al cual después abandonó como ideología totalizante, pero conservó de Marx algunas de sus enseñanzas en la historia social y económica de la sociedad moderna. Desde Bogotá, comenzó a realizar el estudio de la obra de Weber y Durkheim, entre otros autores, y en sus estudios en Francia le interesaron los historiadores alemanes sociales, Henri Pirenne y, por supuesto, la *Escuela de los Anales* (Ernest Labrousse, que fue su profesor, Marc Bloch, Lucien Febvre), cuyos miembros renovaban, entonces, los estudios de la disciplina histórica. Pero no se ha enfatizado suficientemente en la influencia, en su formación como historiador, del citado Max Weber. En conversación con él, Jaramillo-Urbe nos reconocía el hondo impacto que le causaron las mencionadas conferencias de Medina Echavarría, en 1945, que lo incitaron a estudiar *Economía y sociedad* (1944), la obra central de Weber. También nos aludía al impacto duradero, en su formación intelectual, de la obra del autor alemán.³ En el conocido texto de este intelectual y académico: *Ensayos de historia social colombiana* (1968), libro renovador en la historiografía nacional de su época, algunas de las categorías y el enfoque histórico-sociológico de Weber se traslucen en la obra, especialmente en sus análisis sobre la estratificación social en la colonia neogranadina.

Respecto del Fondo de Cultura Económica, notable editorial mexicana aún vigente (en Bogotá se halla situado, hoy en día, en el tradicional barrio La Candelaria, el Centro Cultural Gabriel García Márquez, donde funciona una de las grandes librerías del país, la del Fondo de Cultura Económica), ha expresado Jaramillo-Urbe:

“Los que hemos puesto algún granito de arena en la transformación de los estudios históricos y sociales en Colombia le debemos mucho al Fondo de Cultura Económica. A través de esta gran casa editorial nos pusimos en contacto con las figuras más importantes de la historia, la sociología, la antropología y la filosofía modernas y, sobre todo, con el pensamiento alemán, un hecho bastante significativo en nuestro país, ya que éramos subsidiarios del pensamiento francés y, en alguna medida, del pensamiento inglés.

(....) El Fondo nos trajo a Ranke, Mommsen, Burckardt, Weber, Meyer y

(....) “La presencia del gran sociólogo Medina Echavarría ha sido un alto y luminoso acontecimiento de la Universidad de Colombia” (Revista Universidad Nacional, 1.945, p. 401).

3 Conversación del autor, con el profesor Jaime Jaramillo-Urbe. Bogotá. Sept. 2004.

Meinecke, como también a Dilthey, cuya obra era muy desconocida en el mundo de habla hispana y posiblemente lo hubiera seguido siendo de no presentarse esta coyuntura" (Jaramillo-Urbe (Cit. Tovar, 1994, p. 160).

El Fondo de Cultura Económica acogió a varios de los "transterrados" españoles (que tuvieron un nicho académico privilegiado en el Colegio de México), realizando las traducciones señaladas por Jaramillo-Urbe, y otras más, en una labor perseverante de versión al español de obras clásicas y contemporáneas de las ciencias sociales europeas y norteamericanas, así como, posteriormente, latinoamericanas (Lira, 2001).

Debe mencionarse también en los años formativos de Jaramillo-Urbe y de su generación, en el periodo de entreguerras, sobre los órganos difusores de nuevos autores y corrientes intelectuales, casi desconocidos entonces en España e Hispanoamérica, a la *Revista de Occidente* que fundara y dirigiera José Ortega y Gasset. Esta publicación cumplió también en el mundo de habla hispana un papel central en la traducción de autores y en la divulgación de corrientes y personalidades renovadoras en la cultura alemana, así como de otros países europeos. "A las ediciones del Fondo y de la Revista de Occidente - sostiene Jaramillo-Urbe - debimos nuestro contacto con muchos autores importantes, más que a la promoción de la Universidad" (Cit. Ruiz, 1.993, p. 26).

En 1.946, con otros profesores de la Escuela Normal, Jaramillo viaja a Francia en donde realiza estudios en la Sorbona, en su Escuela de Ciencias Políticas. Allí fue discípulo de personalidades destacadas en el campo académico francés e internacional. La experiencia en la Escuela de Ciencias Políticas, según sus palabras, marcó su definición vocacional. Jaramillo-Urbe decidió entonces dedicarse profesional e intelectualmente a la historiografía, buscando enérgicamente su desarrollo e institucionalización en Colombia. Entonces, este saber se hallaba representada por autodidactas y aficionados (vinculados a Academias que funcionaban como espacios de una representación histórica oficial), sin expresarse aún como una disciplina científica y un campo académico autónomo. En éste, es imperativo recordarlo, coexisten paradigmas, teorías, métodos y técnicas de investigación para el manejo y transformación de la información, registrándose también luchas en su interior por la legitimidad intelectual y el reconocimiento.

El autor de *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (1964), tiene ocasión de viajar a Alemania en 1.953, donde es Profesor extraordinario de la Universidad de Hamburgo. Asiste a cursos de Sociología y Filosofía y viaja por varios países europeos, para regresar en 1.955 a la Universidad Nacional de Colombia, asumiendo las cátedras de Historia Moderna e Historia de Colombia. Comienza entonces un período en el que Jaramillo-

Uribe desarrolla una fecunda labor intelectual y organizativa, fundamental para la institucionalización y definición profesional de los estudios históricos, en Colombia. Al respecto, escribe Bernardo Tovar, en un meditado ensayo de biografía intelectual del autor:

“Con el propósito de otorgarle a la historia un espacio institucional que, a su turno, le abriera las perspectivas de su profesionalización, empezó las gestiones para la creación del Departamento de Historia [de la Universidad Nacional], el cual se hizo realidad en 1.962. Considerando la importancia de contar con un medio de difusión y de estímulo para las nuevas investigaciones sobre la historia colombiana fundó, en el mismo año, *el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, cuyo primer número vio la luz en 1.963. Antes había dirigido la revista *Ideas y valores*, de la Facultad de Filosofía y Letras, dependencia de la que fue decano entre 1.962 y 1.964 (Tovar, 1996, p. 150).”

Jaime Jaramillo-Uribe se constituyó así en un verdadero “Padre fundador” de la comunidad de historiadores profesionales en Colombia. Como sucedió, también, con Orlando Fals, fue un líder “carismático” de su tribu académica, considerándose el maestro reconocido de aquellos a quienes se ha agrupado en la corriente denominada *Nueva Historia*, conformada por algunos de sus discípulos y coetáneos de éstos, quienes, desde la década de los setenta, llevaron a cabo una renovación de los temas, las interpretaciones y las metodologías de análisis en la producción historiográfica del país, que ya había comenzado el profesor Jaramillo-Uribe.

En el campo académico se suceden luchas por la hegemonía intelectual e institucional, que enfrentan a representantes de diversas generaciones, así como de distintas corrientes intelectuales o de distintas lealtades universitarias o políticas, quienes compiten por el monopolio de las interpretaciones legítimas en el campo de la disciplina y de la profesión, por el poder de la “nominación” (Bourdieu 1.995), por la posibilidad de crear los relatos históricos que devengan canónicos, consagrados.

Nuevas generaciones de historiadores en el país se formaron en la Universidad Nacional pero también, de modo creciente, en diversos departamentos de Historia creados en otras universidades de Bogotá y en varias capitales regionales del país. Surge y se consolida la figura social del historiador profesional, el cual adquiere diversos roles y funciones, no solamente en el campo académico. La producción bibliográfica en la historiografía se amplía notablemente, así como el número de revistas históricas, sobre todo universitarias. El historiador profesional tiene acceso, hoy en día, a un público lector ampliado, produciendo además de libros y ensayos, artículos periodísticos, fascículos y libros de texto y asesorando la producción de películas y seriados televisivos. Por supuesto, una posición muy

importante del historiador con formación universitaria la constituye la enseñanza, en la educación escolar y superior. De este modo, el saber historiográfico va siendo reconocido y asimilado por sectores sociales ajenos a la academia. La historiografía colombiana, en consonancia con lo sucedido en otros centros académicos de este saber disciplinario en el mundo, se ha diversificado en nuevos campos temáticos, verdaderas subdisciplinas como son la historia de la vida cotidiana, de las mujeres, de la ciencia y de la técnica, de los movimientos sociales, de los problemas ambientales, de la sexualidad, las artes o la política.

La historiografía, como campo académico, disciplina y profesión que supera los relatos de aficionados, comienza su instauración en los años sesenta del siglo XX, como sucedió también con la Sociología o la Antropología. En un campo recién constituido como aquel surge desde los años setenta, con timidez es cierto, la “rebelión contra el padre”. Nuevas generaciones de historiadores reexaminan los textos canónicos y buscan reinventar su tradición, interrogar su propio devenir y construir nuevos relatos. Así, estudian, o reestudian aspectos de la obra del profesor Jaramillo-Urbe. De este modo, se han rebatido sus estimaciones demográficas sobre la población indígena prehispánica. Se ha señalado que en su obra, que tiene como uno de sus ejes de referencia el *mestizaje* (en su decisiva dimensión sociocultural), sin embargo no ha reconocido suficientemente la importancia del múltiple aporte indígena y afroamericano en la conformación de las sociedades latinoamericanas (y de su país, en particular). Esta incidencia, en relación a las representaciones sociales, la culinaria, la música, la sexualidad, la religiosidad, las formas familiares, el saber etnobotánico, los patrones de acción política y las lógicas de la actividad económica, entre otras áreas sociales relevantes. Se han discutido también las interpretaciones de Jaramillo-Urbe sobre corrientes y personajes del devenir histórico colombiano, acerca de su visión de la Escolástica, la Ilustración, el Liberalismo radical, el Positivismo o sobre Núñez y Caro. En particular, dentro de un campo disciplinar pluralista donde hoy coexisten diversas orientaciones académicas y políticas, hay quienes han confrontado su particular versión del *liberalismo*, concebido como una actitud política, tanto como vital y cultural, encontrando homologías entre opiniones e interpretaciones suyas y sus posiciones partidistas. De hecho el profesor Jaramillo, tras unas simpatías comunistas en su primera juventud, ha pertenecido al Partido Liberal, habiendo ocupado no sólo cargos académicos-administrativos en su vida, sino también diplomáticos y en entidades privadas.

Como es propio de un campo académico y profesional en permanente transformación de paradigmas, áreas temáticas, metodologías y espacios de desarrollo profesional, sus miembros han buscado la especialización en subcampos o subdisciplinas, tal vez con excesivo celo, desarrollando y

controvirtiendo, en muchos casos, las interpretaciones del profesor Jaramillo-Urbe. Sin embargo, existe un amplio consenso en la creciente comunidad de los historiadores acerca de que dos de las grandes áreas temáticas de la historiografía colombiana contemporánea, las denominadas *historia social* e *historia de la cultura*, se han desarrollado teniendo como uno de sus referentes centrales las hipótesis e interpretaciones exploradas por Jaramillo-Urbe, desde los años cincuenta del siglo anterior, lo que no niega los notables aportes teóricos, metodológicos y empíricos desarrollados por los mejores exponentes de estas nuevas promociones de historiadores.

Para la existencia de un campo social, como un conjunto de *posiciones, recursos y agentes* organizados e interrelacionados, es necesaria una creencia en unas “reglas de juego” comunes, considerando que vale la pena una “inversión” de tiempo y energía para participar en sus luchas específicas y en sus particulares recompensas (Bourdieu. 1995). La adhesión a unas reglas de juego supone aceptar ciertos principios y formas de clasificación y jerarquización, explícitos o implícitos. Puede decirse que las diversas corrientes historiográficas en Colombia - diferenciadas en razón de las formas de relatar los acontecimientos, de sus distintos marcos teóricos, del uso de alternas metodologías y de la producción de contrastados resultados de la investigación - reconocen en Jaime Jaramillo-Urbe a una verdadera *figura fundacional* de la disciplina y la profesión de la historiografía, en el país.

Bibliografía referenciada

- Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*. Éditions de Minuit. París. 1992.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. *Respuestas: Por una antropología reflexiva*. Grijalbo. México, D.F. 1995.
- Jaramillo-Jiménez, Jaime Eduardo. *Universidad, política y cultura: La rectoría de Gerardo Molina en la Universidad Nacional*. UNIBIBLOS. Bogotá. 2007.
- _____. “La Escuela Normal Superior: Un semillero de las ciencias sociales en Colombia”. En: *La República Liberal: Sociedad y Cultura*. Rubén Sierra (Editor). Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional. Bogotá. 2008.
- Jaramillo-Urbe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Temis. Bogotá. 1964.
- _____. *Ensayos de historia social colombiana*. Universidad Nacional. Bogotá. 1968.
- _____. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. El Áncora Editores. Bogotá. 1994.
- Lira, Andrés, “El Colegio de México y la educación superior”, en: *Revista de Occi-*

dente, No. 245, Madrid, octubre de 2.001.

Ruiz, Carlos-Enrique. "Jaime Jaramillo-Urbe y la nueva historia de Colombia". En: *Aleph*, No. 87, oct.-dic. Manizales. 1.993.

Tovar, Bernardo. *El pasado como oficio. Trayectoria intelectual del historiador Jaime Jaramillo-Urbe*. Departamento de Historia. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1996.

Universidad de los Andes, "Iniciador de un nuevo camino en la historia", en: Jaime Jaramillo-Urbe: Doctorado Honoris Causa, Editorial Presencia, Bogotá, 1.994.

Wallerstein, Immanuel (Coord.). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores., México, D.F. 1.996.

Weber, Max. *Economía y sociedad*. México D.F. Fondo de Cultura Económica, Primera edición. 1944.

JAIME JARAMILLO URIBE Bogotá, 11.5.98.

Queridos Carlos y Lina:

Muchísimas gracias por el envío de
la hermosa tarjeta con motivo de mi
cumplimiento. He comprado con gusto
unas pocas conchas. De nuevo mil
gracias. No estoy seguro de si me
lleva dentro con motivo de los 20 (o más)
años de *Aleph*. En todo caso, una vez
más recibí unos calurosos felicitaciones
por su parte - voluntad por mantener
su fantástica empresa que es el *Aleph*
con mis mejores deseos por el bien
de los suyos, rogando un afectuoso
saludo de Stella Cecilia y Lina.

Jaime Jaramillo-Uribe: pluralista y escéptico

Jorge-Orlando Melo



Jaime Jaramillo-Uribe

Jaime Jaramillo-Uribe, el historiador, el amigo, el padre que acaba de morir, fue una de las principales figuras de la cultura colombiana en el siglo XX. Aunque tal vez no sea muy conocido por sus compatriotas, las instituciones lo destacaron —recibió doctorados honoris causa de la Universidad de los Andes y de la Universidad Nacional, Cruz de Boyacá, y premios de historia que se le daban y tendían a morir poco después, quizás por la dificultad para encontrar otros candidatos a su altura: en 1974 ganó el premio nacional de historia establecido por el Banco de Colombia, en 1995 el Premio Vida y obra del Archivo General de la Nación, en 1998 el Premio Planeta de Historia, y en 1999 fue escogido por *El Tiempo* entre los 100 personajes del siglo que terminaba.

Fue un maestro y escritor que nunca hizo alardes de sus contribuciones, pero no es difícil señalarlas. En forma casi rutinaria, desde hace unos 30 años, he dicho algo que tiene algo de paradoja frívola: Jaime Jaramillo-Uribe, en vez de empeñarse en cambiar el país, en hacer la revolución, en sacudir las estructuras fundamentales a Colombia, le cambió el pasado. Fue una transformación dramática y brutal: mientras que la historia colombiana, hasta hace medio siglo, era un relato de heroicos descubridores y valientes militares, de presidentes esforzados, de brillantes constituciones y de dirigentes empeñados en mejorar la condición de sus compatriotas, esa historia, cuando se enseña hoy a los

niños o a los estudiantes universitarios, es una historia de conflictos sociales, de esclavos e indios, de ideas políticas, de estilos de familia, de modos de vida cotidiana, de cambios en la ropa, las comidas y las formas de rezar, de artesanos, obreros y empresarios. Y puso a la mayoría del pueblo, a los mestizos, en el centro del cuento: ellos, según su relato, desorganizaron la sociedad de castas, lucharon por la independencia, y terminaron aprovechando buena parte de sus frutos.

En efecto, la historia heroica dio paso a una historia mediana y a lo que Jaramillo propuso, cuando llamó al *Anuario Colombiano*, que creó en 1963, “de historia social y de la cultura”. Allí publicó sus estudios sobre la vida de los esclavos en el siglo XVIII, la población indígena, los artesanos, al mismo tiempo que formaba, en la Universidad Nacional, en la sección de historia de la Facultad de Filosofía y Letras y desde 1965 en el Departamento de Historia, un grupo de discípulos que multiplicaron el efecto de su trabajo.

Esto es sabido y no quiero repetirlo. Ni quiero insistir en su gran contribución a la divulgación de las nuevas miradas al pasado, con obras como el *Manual de Historia de Colombia*, de 1978. Lo que quiero hoy es destacar algunos rasgos de la forma de ser y pensar del profesor Jaramillo que en mi opinión explican su influencia, al mismo tiempo silenciosa, eficaz y duradera.

Jaramillo, como el mismo lo recordó, se interesó en la historia en los años cuarenta, cuando estaba en la Escuela Normal Superior, en un ambiente en el que lo moderno era el marxismo: todos tenían, y él también, su foto de Lenin en el cuarto. Jaramillo militó en grupos de izquierda y probablemente en el Partido Socialista Democrático, como se llamaba entonces, con nombre tan atractivo, el Partido Comunista.

Pronto se desilusionó del marxismo, en Bogotá y en París. Lo que parece haberlo alejado fue su rechazo profundo al dogmatismo, a las visiones unilaterales. En sus recuerdos señala como nunca pudo ser ortodoxo, como lo atraían al mismo tiempo diversas metodologías, como buscaba, para emprender sus trabajos, las herramientas que le ofrecían distintos pensadores. Su trabajo histórico está marcado, sin duda, por el marxismo, pero también por los historiadores alemanes sociales, como Otto Brunner, por los historiadores de las ideas, como Ernst Cassirer y por supuesto por la historia de larga duración de Marc Bloch, E. Labrousse y Lucien Febvre. Este pluralismo metodológico tuvo un gran impacto entre los historiadores que estudiaron con él: Colombia no tuvo, entre 1970 y 1990, esos grandes historiadores marxistas, o foucaultianos o althuserianos, o seguidores de White y sus teorías del discurso, que dominaron el debate en algunos países de América Latina. Hubo aquí excelentes historiadores que se inspira-

ron en ellos, pero casi siempre con una actitud similar a la de Jaramillo: usar a Marx, o a Hayden White o a Foucault, pero sin convertirlos en una doctrina religiosa, tratando de que, como le gustaba insistir a don Jaime, la metodología respondiera a las preguntas que sugería la realidad –todavía creía que esta estaba en alguna parte.

Al profesor Jaramillo le gustaban las teorías que guiaran la investigación y ayudaran a formularse preguntas, pero sospechaba de las grandes teorías en historia, en ciencias sociales, en educación: prefería la teoría limitada, apropiada para cada problema. Y al mismo tiempo miraba con escepticismo las soluciones grandiosas e integrales. En 1967 enfrentó, como director del Departamento de Historia, una huelga de sus estudiantes, que querían un plan de estudios radicalmente nuevo. Jaramillo prefería sacar una revista de alto nivel, mejorar uno a uno los profesores, impulsarlos a la investigación o al trabajo en los archivos, tratar de que hicieran bien sus clases, que fueran excelentes maestros, a un plan teóricamente brillante y coherente, que formaría a los estudiantes en todos los temas de la historia cuando apenas empezaban sus estudios, y que tendría que contentarse con profesores que improvisaran sus clases novedosas. La huelga se calmó, pero Jaramillo, cada vez menos a gusto en una universidad permeada por discursos omnipotentes, y con una carrera de historia que en vez de formar a los estudiantes en los principios básicos de las humanidades y las ciencias los lanzaba a la especialización histórica desde las primeras clases, terminó renunciando a la dirección del Departamento y en 1971 se retiró de la Nacional y se pasó a los Andes, donde, poco a poco, volvió a hacer lo que había hecho en la Nacional: ayudar a que se consolidara un buen departamento de historia, moderno y apoyado en la investigación, con una buena carrera de historia, aunque siempre demasiado especializada para su gusto.

Lo mismo, me parece, pasaba con su visión del país. Compartía con los más rebeldes una visión crítica del pasado nacional, un reconocimiento de las injusticias y desigualdades que habían conformado nuestra historia. Pero no creía que Colombia fuera sólo eso. *Si, era injusta, pero..., si, había mucha pobreza, mucha ignorancia, pero... Si, los artesanos se debilitaron afectaron con el librecambio, pero...* Creo que el “*si, pero...*” fue uno de sus tropos retóricos favoritos, porque era la forma de decir que muchas de las versiones del pasado, sobre todo las muy pesimistas o muy optimistas, aunque tuvieran razón en muchos aspectos, tenían una falla central: eran unilaterales, incompletas, parciales. Y por eso mismo, creo, no se sintió atraído por ninguna de las invitaciones al cambio total de estructuras, a la revolución, a la lucha contra el sistema, con lo que lo confrontábamos día a día los estudiantes de los sesentas y setentas. Como en la vida diaria o académica, prefería los cambios pequeños, los ajustes gra-

duales. Me parece que miraba con gran simpatía emocional a los que se lanzaban a la lucha radical, pero con total escepticismo intelectual: la revolución, el sueño marxista de los intelectuales universitarios, no reduciría la miseria o la violencia: si acaso, el esfuerzo por lograrla las aumentaría y los que las iban a sufrir no eran tanto los teóricos que la propugnaban la lucha armada, como los militantes de base, los campesinos y los obreros atrapados en las violencias promovidas como utopía desde las aulas universitarias.

Así como él estuvo tentado brevemente por los radicalismos políticos hacia 1945, casi todos sus discípulos lo estuvimos en los años sesentas. Y mientras aprendíamos las reglas del trabajo histórico en las clases de Jaramillo, rechazábamos su combinación de razonamiento crítico y conservatismo práctico, su desconfianza de todos los cambios integrales. Pero después, casi todos llegamos a apreciar, en un país en el que los remedios radicales han resultado peores que la enfermedad, en el que las grandes soluciones han llevado casi inevitablemente a nuevas y más grandes tragedias, este pluralismo político, esta inclinación a enfrentar los problemas sin tratar de resolverlos todos al mismo tiempo. Muchos hemos terminado tratando de aprender de Jaramillo no solo su pluralismo metodológico, su escepticismo teórico, sino algo de su sabiduría humana, su sensatez y su prudencia.

Es muy probable que esta prudencia y esta capacidad para enfrentar el mundo sin desesperación recibiera mucha fuerza de su experiencia personal. Era imposible no advertir como disfrutaba su relación con Yolanda Mora, la antropóloga con la que se casó desde los tiempos de la Normal Superior, y cuán orgulloso se sentía de sus hijos, de Lorenzo y de Rosario, cuyas rebeldías y cuyas transgresiones estéticas gozaba.

Fue una gran familia, que lo amarró a la vida. Le produjo, por supuesto, grandes dolores: la muerte de Yolanda y la de Lorenzo, casi insoportable. Pero esta calidez de la casa hizo posible que sus hijos, que lo querían y admiraban, lo cuidaran bien cuando llegó el tiempo para ello: en esta última década, todos hemos visto como pudo seguir disfrutando la vida, viajar a Santa Marta o Girardot, ir a su oficina a hablar con estudiantes, salir a su tertulia con los viejos amigos del café. Y cuando dejó de ir a la Universidad, cuando ya no salió más, pudo recibir visitas en casa, disfrutar la comida, que evocaba la que cocinaba Yolanda, releer su libros y recordar poemas favoritos. Y todo esto, porque Rosario y Hugo estuvieron siempre a su lado, con un afecto sin límites.

Hoy nos despedimos de don Jaime. Cómo enseñó y escribió tanto, el diálogo con él seguirá vivo y volveremos a oírlo, una y otra vez, y seguiremos aprendiendo de él.

Pero hoy tenemos que decir: Adiós profesor, adiós don Jaime.

Bogotá, Octubre 27 de 2015



Foto CER (1993)

Jaime Jaramillo-Urbe

Notas de Lectura

Las *Memorias intelectuales* de Jaime Jaramillo-Uribe

Carlos-Enrique Ruiz

Jaime Jaramillo-Uribe. *Memorias intelectuales*. Ed. Taurus & Universidad de los Andes, Bogotá 2007; formato: 15x24 cms.; 304 pp. ISBN: 978-958-704-480-5



Jaime Jaramillo-Uribe

Por vocación intelectual y por imperativo de conciencia, Jaime Jaramillo-Uribe se decide en el 2002 a recontar su vida, en los trajines de una personalidad surgida casi de la nada, con una vocación ardiente por el saber, que supera obstáculos tempranos construyendo su cauce para avanzar sin pausa hacia metas ambiciosas. Su hijo, Lorenzo, pintor prolífico y de calidad, de enormes inquietudes intelectuales, le insistió en la importancia de escribir las memorias, lo cual hizo dejándole a la vista un texto de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, que el autor reproduce al principio de las *Memorias*, con el mensaje de la importancia en recoger el testimonio personal de lo vivido, soñado, pensado y elaborado.

La estructura del libro comprende cuatro partes: *Los años de formación* (capítulos I al VI), *La experiencia europea y los años cincuenta en Colombia* (del VII al IX), *Academia y producción intelectual* (del X al XIV), y *Entre Europa, Colombia y América Latina* (del XV al XVII); un total de diecisiete capítulos.

Nacido en Abejorral (1917), pero a los dos años de edad la familia se traslada a Pereira (que el autor identifica como "Otún" en las *Memorias*), y en ambiente de provincia transcurre su infancia. Al recontar la vida de la familia, no oculta las penurias que padeció para hacerse a una educación básica, la primaria y el bachillerato, habiendo suspendido por tres años éste con el propósito de trabajar para el sostenimiento y para continuar el estudio. Se ocupó de monaguillo

primero, luego como empleado de comercio, a la muerte del padre. La vocación inquebrantable de estudio le permitió mirar siempre adelante, con metas graduales que alcanzaba con tenacidad.

Temprano adquirió el hábito de la lectura, comenzando por la curiosidad en familia donde algunos libros animaban el ritual de compartir, incluso acudiendo a la forma de alquiler. Y en una peluquería del padre de unos de sus compañeros, leía periódicos y revistas, enterándose del acontecer del país y en alguna medida del mundo. Incluso trenzó amistad con librero de estirpe sirio-libanesa, quien le permitía “zapotear los libros”, y también en ella compró los primeros que tuvo.

A los trece años sintió interés por la vida política y social. De manera paulatina fue informándose de los movimientos sociales y de las corrientes ideológicas, hasta tomar partido del lado de liberales y socialistas. A los 17 años, huérfano, decide instalarse en Bogotá para terminar el bachillerato y cuenta con el apoyo de tío solvente, quien le asigna tareas de cajero en un café y en un hotel campestre. Ingresa a la Escuela Normal Central, al quinto grado, y no al cuarto grado que debía ser, en razón de los adelantos por la formación personal. En ella fue alumno de literatura de María Eastman, esposa de Gerardo Molina. En el área de manualidades se formó en la carpintería, y tuvo aficiones por la física y las matemáticas. Corría el primer gobierno de Alfonso López-Pumarejo, de grandes y positivas reformas, bajo el lema de la “revolución en marcha”, con el ímpetu de la *Escuela Nueva* en educación, la escuela activa que seguía los principios de Decroly, entre otros, introducida a Latinoamérica por Colombia, gracias a Don Agustín Nieto-Caballero.

Por sus preocupaciones sociales tomó interés en personalidades incorporadas al gobierno de López-Pumarejo: Alberto Lleras, Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, Plinio Mendoza-Neira, Antonio García, Mario Galán-Gómez... En especial le impactó la inteligencia, la formación y la capacidad de trabajo de Antonio García, con su primera obra de temas económicos y sociales: “Geografía económica de Caldas”. Anota el interés de éste en fundar un partido socialista, con obreros, intelectuales y estudiantes, que entró a llamarse “Liga de acción política”, con la publicación de la revista mensual “Masas”.

Por la amistad que trenzó, a través de María Eastman, con Gerardo Molina, tuvo acceso a su biblioteca, de la que leyó libros de Mariátegui, Bujarin, Marx, Engels, Plejanov, Lenin,... Lecturas a las que fueron agregándose libros de adquisición personal.

La guerra civil española le afianza en su conciencia de pacifista y de rechazo a las guerras, a la vez que se fue interesando por las literaturas española, alemana y francesa. En esta etapa lee obras de Barbusse, Ro-

lland, los poetas republicanos españoles García-Lorca, Alberti, Miguel Hernández, Bergamín..., que combinaba con lectura de Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Ángel Ganivet, Unamuno...

Toma nota de la oposición al gobierno de López, en especial a las reformas educativas, gestada por ideas conservadoras con epicentro en la Universidad Javeriana, con el padre Félix Restrepo de rector, quien distribuía sus aplicaciones también en la filología y la política. El autor lo identifica como ideólogo de corporativismo criollo, influido por el franquismo de España, por el dictador Oliveira Salazar de Portugal. Observa que a esa corriente se le sumó otra denominada "Testimonio" conformada por algunos juristas católicos influenciados por el pensamiento de Jacques Maritain, entre quienes se encontraban el austriaco Jacques Uprimny, Emilio Robledo, Carlos Holguín, Álvaro Copete-Lizarralde, por paradoja profesores de la Universidad Nacional, institución esta que venía siendo atacada por sectores conservadores con calificativos de "subversiva" y "marxista".

En 1937 termina en la Escuela Normal "chiquita", como dice el autor, con el grado de "maestro de escuela primaria". Pero su ambición se orientaba a cursar estudios universitarios y avanzar en campos de las ciencias sociales, con algunas veleidades tempranas por el Derecho y la Medicina. Pero al fin ingresa a la Escuela Normal Superior regentada por José-Francisco Socarrás y fundada en la primera administración de López-Pumarejo, de influencia francesa, con el propósito, lo recuerda el autor, de formar líderes en cuatro campos: "ciencias naturales (biología, botánica y zoología), matemáticas y física, filología y lenguas, y ciencias sociales (sociología, historia, economía y etnología)."

Al tener claridad sobre su destino, decide comenzar con filología atraído por el estudio de griego y latín, en virtud de considerar que no era posible obtener cultura sólida sin la base de esas dos lenguas. Por sugerencia de Socarrás se trasladó a ciencias sociales, licenciatura que culminó con éxito.

De la Escuela Normal Superior recuerda con especial gusto a los profesores europeos: españoles, franceses, alemanes, emigrados por la causa inefable de las guerras, e ingleses de la embajada. Entre ellos es de muy especial recordación Paul Rivet, fundador del Instituto Etnológico (luego Instituto Colombiano de Antropología), y director a su regreso del Museo del Hombre en París.

Otros profesores de los llegados que recuerda: Rudolf Hommes (padre del homónimo vigente, ex ministro de Estado en Colombia), alemán que "enseñaba una historia poco convencional con muchas alusiones a la sociología y a las ciencias auxiliares de la historia", el también alemán Gerhard Massur que impartía lecciones de historia moderna, siglos XVII al XIX. Justus Wolfram Schottelius, otro alemán, el profesor de etnología de

América. Pablo Vila, catalán, profesor de geografía universal y de Colombia. Otro catalán, José de Recasens, que completó su formación de antropólogo al lado de Paul Rivet. El andaluz José-Francisco Cirre, profesor de historia medieval de España. Ronna Earl, que enseñaba literatura inglesa, área compartida con Howard Rochester. En matemáticas estaba el alemán Kurt Freudenthal. Estela de figuras en las letras y las ciencias, que contribuyeron de manera especial a estimular las inquietudes intelectuales de Jaramillo-Uribe.

Destaca el papel de los gobiernos liberales en la traída de esas personalidades y en el estímulo para su labor intelectual y docente, la cual tuvo serio revés en los gobiernos conservadores de Ospina-Pérez y Laureano Gómez. En este aspecto de la oposición que padeció la Escuela Normal Superior, recuerda la sufrida en el gobierno de Eduardo Santos (1938-1942), por parte de los conservadores y de sectores liberales como los ataques que realizaba Enrique Santos-Molano, "Calibán", desde "El Tiempo", por considerar a la Escuela como "foco de difusión del marxismo". El autor registra que esos ataques se encaminaban ante todo contra los profesores extranjeros, en especial a los españoles, por considerarlos "rojos", contra el rector Socarrás y contra el mismo Jaime Jaramillo-Uribe cuando al egresar ingresa como profesor.

El papel de esa añorada institución lo resume el autor en los siguientes términos: "La Escuela no solo fue fecunda e innovadora en el campo de las ciencias sociales. También lo fue en las lenguas modernas y clásicas. La literatura, la física, las matemáticas y las ciencias naturales recibieron igualmente un gran impulso. El sector de filología e idiomas tenía un selecto grupo de profesores nacionales y extranjeros; además del recordado filólogo español don Urbano González de la Calle, profesores ingleses, franceses y estadounidenses suministraron al sector un brillante grupo de catedráticos.../ La Escuela también fue innovadora en los campos de las matemáticas y de las ciencias naturales, sobre todo en lo que respecta a la biología, la química y la física, y realizó en estas áreas una fecunda labor de animación científica y pedagógica."

En ese rico ambiente académico-intelectual obtuvo su formación esencial Jaramillo-Uribe, con orientación a las Ciencias Sociales, pero sin descuidar el interés por la ciencia básica, en física, química, biología, y en los idiomas. Desde ese entonces tuvo idea clara de la que debía ser la formación integral de un intelectual.

De los compañeros de estudio recuerda a Luis Flórez, que llegó a ser filólogo eminente del Instituto Caro y Cuervo, a Aristóbulo Pardo, también experto del mismo Instituto, en el campo de la lexicografía, pero luego por la situación que padecieron los liberales o no-conservadores, como refiere el autor, en los gobiernos de Ospina-Pérez y Laureano Gómez, Pardo aban-

dona su labor científica y se dedica al comercio. El tercer condiscípulo al que alude es Gustavo Correa, especialista en literatura española contemporánea, quien fue a dar a Estados Unidos como profesor de la Universidad de Yale. Otro al que menciona es Gustavo Ibarra-Merlano, quien orientó a García-Márquez en lecturas de los trágicos griegos, estuvo dedicado al derecho aduanero, sin desperdiciar su formación en filología y literatura, poeta de calificada producción, recogida como "Antología poética (1945-2001)" en bella edición del Ministerio de Cultura (2002), con selección y prólogo de Gustavo Tatis-Guerra.

En la formación de Jaramillo-Uribe está presente el interés por lo social con expresión política de rebeldía frente al estado de cosas imperante. Adopta desde temprano, en los años de la Escuela Normal Superior, una actitud ideológica de izquierda, con admiración por procesos como los de la Unión Soviética, en virtud de lecturas, observaciones y amistades. Tiene muy presente los orígenes del partido comunista y del partido socialista democrático. Vio con curiosidad, pero alejado radicalmente de sus filas, el surgimiento del Nacionalismo, movimiento que acaudillaron Gilberto Alzate-Avendaño y Silvio Villegas, a imitación de la falange española.

En 1944 le correspondió llevar la vocería del partido socialista democrático en acto de promoción de candidatos a las más altas corporaciones públicas, con elogio al socialismo, que el autor recuerda y califica de *alocución ingenua y pseudofilosófica*.

Da cuenta de la complejidad del período 1940-1945, por la segunda guerra mundial, y en el caso colombiano el segundo gobierno de Alfonso López-Pumarejo (1942-1945), que termina un año antes por declinación propia, siendo sustituido por Alberto Lleras, quien ejercía de Ministro de Gobierno y Primer Designado. La división de los liberales condujo a Mariano Ospina-Pérez, conservador, a la presidencia en 1946, con período hasta 1950. En este gobierno comienza etapa dramática en la historia del país reconocida como "época de la violencia".

De esa década del cuarenta recuerda las amistades, resultado de su militancia en la Federación de Estudiantes, que fueron parte consustancial en su proceso de formación y en la fundación del periódico *El estudiante*. Esos amigos fueron Frank Mejía-Jaramillo, Enrique Solano, Jorge Nasar-Quñones y Julio-César Zabala, todos de la izquierda, incluso con simpatías al partido comunista y a la Unión Soviética. Recuerda que el primero de ellos tuvo la apreciación justa sobre los horrores del régimen de Stalin, calificándola de "dictadura afrentosa", permitiéndoles abrir los ojos para no desvanecerse en ilusiones frustrantes. Además de aquellos recuerda sus amistades con intelectuales conservadores, sin tomar en consideración la enorme distancia ideológica que lo separaba de ellos, en especial con los

poetas Eduardo Carranza, Gerardo Valencia y Arturo Camacho-Ramírez, así como con la totalidad del grupo Piedra y Cielo, donde participaban también Carlos Martín y Jorge Rojas. También guarda testimonios de conocimiento de los poetas Luis Vidales y Aurelio Arturo.

Su afición por la música, adquirida tempranamente, la acentuó con el conocimiento del melómano Ignacio Isaza-Martínez, ingeniero, funcionario del Banco de la República, quien solía reunir amistades en su apartamento para escuchar música y compartir sus eruditas explicaciones, con acercamiento a las obras de Bach, Mozart, Beethoven, Debussy, Schönberg, Stravinsky, entre otros.

De amistades que vinieron en etapa siguiente estaban Mario Latorre-Rueda, Jaime Cortés-Castro, Vicente Laverde-Aponte, Fernando-Antonio Martínez y Carlos-Ariel Gutiérrez, a los que les dedica párrafos destacando la formación de ellos y sus desempeños públicos.

La ambición de formarse como intelectual de rigor, lo llevó también a estudiar Derecho, pasando por los claustros del Externado de Colombia y de la Universidad Libre, donde terminó estudios en 1946; viaja a Francia a finales del mismo año y al regreso en 1948 obtuvo el título con tesis sobre el primer censo industrial (1945).

Acentuó sus estudios sobre historia moderna de América Latina, con observaciones particulares en países que presentaban interesantes cambios políticos: Brasil, Argentina, Chile, México y Cuba. Se adentra en lecturas de obras de intelectuales argentinos, del campo de la izquierda, como Rodolfo Puigrós, pero también en el conjunto como lo advirtió en su acercamiento a la revista *Sur* que orientaba en Buenos Aires Victoria Ocampo, con lecturas, entre otros, de Aníbal Ponce, Sergio Bagú, Borges y Eduardo Mallea, de quien le impactó su ensayo sobre el sentido heroico de la vida. De Ponce tuvo admiración por su ensayo "Educación y lucha de clases". Por traducciones de dicha Revista se aproximó a algunos novelistas ingleses como Charles Morgan y Virginia Woolf.

En los notorios avances, fue accediendo al estudio de autores protagónicos en sociología, filosofía e historia, como en el caso de las obras de Max Weber, Edmund Husserl, Martin Heidegger, Ernst Cassirer, Georg Simmel, Theodor Mommsen y Friedrich Meinecke, en el campo de la lengua alemana. Considera que José-Carlos Mariátegui y Aníbal Ponce fueron las personalidades intelectuales más influyentes en la formación política de su generación, e incluso en la de inmediatos antecesores como Gerardo Molina y Luis-Eduardo Nieto Arteta. También se preocupó por leer a Domingo-Faustino Sarmiento, a José Ingenieros, a José-Enrique Rodó, a Jorge Amado, José Vasconcelos, Daniel Cosío-Villegas, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Francisco Larroyo, Eduardo García-Máinez, Pablo

Neruda, Vicente Huidobro, Rosamel del Valle, Pablo de Rokha, Juan Marinello, Nicolás Guillén...

En su vasta inquietud intelectual abordó temas de la ciencia, en sus problemas teóricos, con lecturas de textos de física moderna y biología, incluyendo la *Teoría de la Relatividad* de Albert Einstein, las ideas de Ernst Mach y de Max Planck, y el origen de la vida. De igual modo hizo estudios personales de griego y latín, hasta acceder a cierto manejo de gramática y vocabulario, al igual que se ocupó de lenguas modernas como el francés, el inglés y el alemán, con excelente manejo.

Hay la curiosidad que el alemán comenzó a estudiarlo al lado de Danilo Cruz-Vélez, con viejo profesor al que llamaban Kunz, jubilado del Colegio Andino de Bogotá, y en contacto con otro ambiente de cultura alemana como fue la casa de Carlota Massur, esposa de su profesor Gerhard Massur, quien fue a dar a Estados Unidos pero ella quedó en Bogotá. Las clases de alemán las continuó con Carlota usando como texto selección de la obra poética de Hugo von Hofmannsthal. En la biblioteca que ella conservaba del profesor Gerhard se interesó por las obras de historiadores como Leopold von Ranke y Friedrich Meinecke, como también por historias del arte y poetas alemanes.

De igual modo se interesó por el movimiento intelectual y la vida política de Estados Unidos. Leyó a John Dos Passos, a John Steinbeck, a Erskine Caldwell, a Sinclair Lewis, en literatura contemporánea, y autores anteriores como Vernon Louis Parrington y Henry David Thoreau.

Sorprende la manera sistemática y de buen ritmo como Jaramillo-Uribe accede al conocimiento, con dinámica propia, atento a los fenómenos de la época y sintonizado con la historia, para explicarse situaciones. Está el caso de la comprensión anticipada que adquiere en el derrumbe de la Unión Soviética, que tuvo en la planificación económica centralizada el intento de contraponer modelo de mayor alcance al del capitalismo, con el fracaso conocido. Estudió a Karl Mannheim, y vio en los novelistas ingleses Aldous Huxley y George Orwell, cabeza de oposición a lo que llama "fiebre planificadora y racionalizadora". Las utopías de Orwell las vio realizadas en el pronunciamiento de Kruschchev en 1956 contra el estalinismo y en las reformas de Gorbachov de 1980.

Destaca de manera muy especial el período de Gerardo Molina en el rectorado de la Universidad Nacional de Colombia, cumplido de 1944 a 1948, el que califica de "singular dinamismo", y menciona "entre las muchas iniciativas innovadoras de Molina", la creación de los institutos de Economía y Filosofía, como las más singulares. Atribuye la iniciativa del Instituto de Filosofía, hoy Departamento, a grupo de intelectuales con Luis López de Mesa, Eduardo Caballero-Calderón, Rodrigo Jiménez-Mejía,

Danilo Cruz-Vélez, Rafael Carrillo y algunos periodistas y escritores adherentes, que comenzó labores en 1945 con la conferencia de apertura de Luis López de Mesa y la dirección de Rafael Carrillo. Anota que la carrera de Filosofía la comenzaron unos cincuenta alumnos, y que se vincularon profesores independiente de su filiación religiosa o política. Señala como reconocidos católicos a Cayetano Betancur, Abel Naranjo-Villegas y Jaime Vélez-Sáenz, y como indiferentes o sin partido a Danilo Cruz-Vélez y Rafael Carrillo. Para el Instituto de Economía fue designado como director, Antonio García, autor que ya era conocido por su "Geografía económica de Caldas".

El autor registra el siguiente importante testimonio: "La rectoría de Gerardo Molina en la Universidad Nacional, que fue, como lo he dicho, muy innovadora y fecunda, también fue muy combatida y atacada por los sectores conservadores del país y aun por algunos sectores liberales, los mismos grupos que en 1936 y años siguientes habían rechazado el ingreso de la mujer a la universidad, la creación de nuevas carreras, la autonomía universitaria y la incorporación de docentes extranjeros... Molina tenía un criterio amplísimo que insistía sobre todo en la capacidad académica de los profesores."

Jaime Jaramillo comenzó de profesor en la Escuela Normal Superior al término de su licenciatura, entre 1942 y 1946, donde asumió la dirección de prácticas pedagógicas del instituto anexo Nicolás Esguerra y la cátedra de Sociología en la Normal, para la cual se apoyó en excelentes publicaciones del Fondo de Cultura Económica, de México, con autores como Max Weber, Barnes y Beker, Adolfo Menzel, Durkheim, Pareto, Leopoldo von Wiese y Thorstein Veblen. De igual modo se benefició de obras publicadas por Editorial Losada en Buenos Aires, que también llegaban, de autores como Hans Freyer y Ferdinand Tönnies.

Ese curso de sociología asimismo lo asumió luego en la Universidad Nacional, ampliando lecturas como la de Georg Simmel, difundido por las ediciones de "Revista de Occidente". También se nutre de obras publicadas por Espasa-Calpe. Por su propia experiencia de estudioso-lector, afirma que cuando se escriba la historia de la cultura moderna en Latinoamérica, deberán aparecer con capítulo especial la enorme labor cumplida por Fondo de Cultura Económica, Espasa-Calpe, Revista de Occidente y editorial Losada.

De esa etapa, Jaramillo-Uribe adquiere conocimientos que le permiten asumir planteamientos y autores de avanzada, como en el caso de elegir a Toynbee por encima de Spengler, en virtud del pensamiento más realista de aquel, también por observarlo más acorde con la historia y con la interpretación histórica del principio de causalidad. Y le quedó fija la gran lec-

ción de Durkheim: “todo hecho social debe explicarse por otro hecho social y no por un hecho natural.”

En los años 1947 y 1948 realizó estudios de especialización en París becado por el gobierno francés, en su calidad de docente de la Escuela Normal Superior, al igual que lo fue su director, José-Francisco Socarrás, con quien compartió esa experiencia. Tuvo en La Sorbona como tutor al sociólogo George David, discípulo de Durkheim. Tomó cursos con Jean Wahl y Gaston Bachelard, entre otros. Como atento observador, Jaramillo-Uribe hizo seguimiento a los movimientos intelectuales, en especial a los de izquierda. Leyó con atención el semanario “Lettres Françaises” que dirigió Louis Aragon. Recuerda que de las lecturas de ese entonces la que más lo impactó fue el libro “Le trahison des clercs”, de Julien Benda, donde criticó con dureza a sectores de la literatura que se habían dedicado a desacreditar la razón, como el caso de André Gide en “Les Nourritures terrestres”. De la lectura de Benda afianzó el criterio de estar siempre la política involucrada en las actividades intelectuales, tanto culturales como científicas, con la convicción de ser ciudadanos antes que intelectuales.

Su permanencia en Francia le facilitó emprender viajes por España, Bélgica y los Países Bajos, Italia, engrosando sus conocimientos y afianzando la anhelada formación. Regresa a Colombia en la antesala del fatídico 9 de abril de 1948, y Rafael Maya, el poeta, director en la Escuela Normal Superior le comunica lacónicamente que la Escuela no tiene nada que ofrecerle. Trabaja temporalmente en la “IX conferencia panamericana”, como revisor y corrector de documentos. Después del 9 de abril se engancha con la “Revisoría fiscal de instituciones de crédito y fomento”, donde labora dos años, que considera “provechosos”, por cuanto tuvo oportunidad de recorrer el país, y adquirió “la evidencia del fenómeno de la corrupción administrativa” en las instituciones oficiales que visitaba, con aprendizaje de aspectos de economía, balances y estados financieros, conocimientos que aplicó en estudio minucioso de los balances de los institutos vigilados por la Revisoría, publicado en la memoria anual del Revisor ante el Congreso de la República. Luego, en 1950 entra como subdirector del periódico “El Liberal”, donde escribió la columna “Hoy”, heredada de Hernando Téllez. Al año de laborar allí el periódico cierra y monta oficina de abogado litigante, con los utensilios que le entregan en el periódico en pago. Relata las anécdotas de los primeros casos que le cayeron: el de un chofer que con camión mató niño que jugaba en la calle, y de otro relacionado con los efectos sufridos por el “Café Imperial” debido a construcción contigua, caso que declinó al ver que era de envergadura, por fuera de su capacidad de litigante aprendiz.

En el capítulo que dedica al cambio político sufrido en el país en los comienzos de los años cincuenta, con población del orden de los ocho mi-

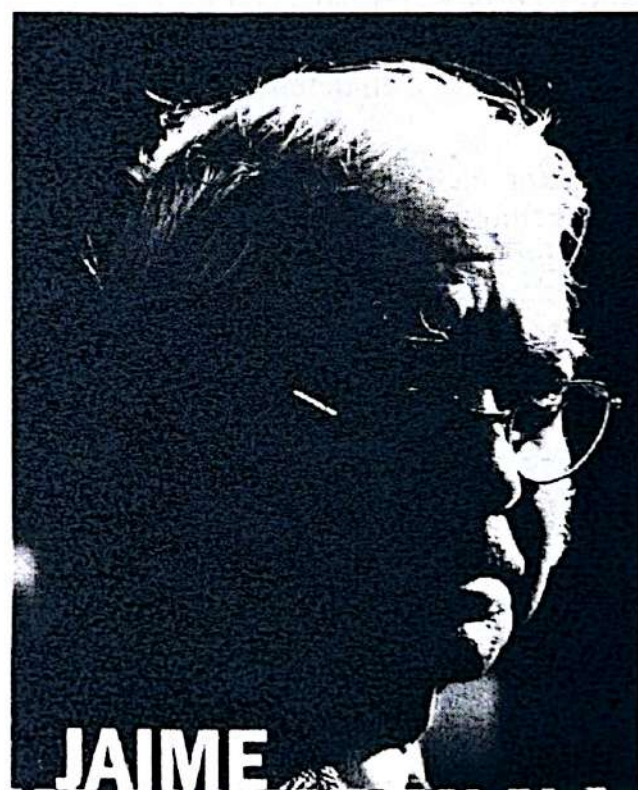
llones de habitantes, sienta bases para explicar el surgimiento de la violencia. Recuerda los dos últimos años conflictivos del gobierno de Ospina-Pérez, quien ocupó la presidencia de 1946 a 1950, y la manera como éste se pliega a la postulación de Laureano Gómez, quien resulta vencedor en los comicios, con la abstención de los liberales. Por entonces surge la policía identificada como “chulavitas” en Boyacá y otros departamentos, con la misión de reprimir la reacción de los liberales. De igual modo surgen los “pájaros”, como “el Cóndor” en el Valle del Cauca, con su oleada de crímenes. Se desata el “período de la violencia”, con la organización de guerrillas liberales en el campo, en defensa de la ejercida oficialmente contra liberales rasos.

Recuerda el autor las diligencias que adelantaron Ospina y Alzate-Avendaño, incluso con liberales, para tumbar a Laureano, lo que ocurre en junio 1953 con el golpe militar del general Gustavo Rojas-Pinilla. Se remonta a los antecedentes en conflictos agrarios desde 1930 en los departamentos de Cundinamarca y Tolima, con especial expresión en el municipio de Viotá, influenciado por el naciente partido comunista.

Alude a la Universidad Nacional en ese decenio. Con la llegada de Rojas al gobierno, se nombra a Cástor Jaramillo-Arrubla como rector y a José-Manuel Rivas Sacconi de secretario general. Cayetano Betancur dirigía el Instituto de Filosofía, quien lleva a Jaramillo-Urbe como profesor con dos cursos de historia moderna y uno de historia de Colombia. Del cúmulo de actividades académicas que desempeñó quedaron ensayos sobre historia de las ideas en Colombia, en la revista “Ideas y Valores”, al igual que reseñas bibliográficas, y un libro: “Historia de la pedagogía como historia de la cultura”, a partir de notas tomadas por dos alumnas.

Cuenta curiosa anécdota, relativa al gobierno de Laureano: siendo rector de la UN Julio Carrizosa-Valenzuela, se recibían presiones del Ministerio de Educación, regentado por Lucio Pabón-Núñez, “para cambiar el rumbo de la Universidad y darle orientación ultraconservadora”. Bajo esa presión, el decano de la facultad de Derecho, Jesús Estrada-Monsalve, “ordenó eliminar los murales que el pintor Alipio Jaramillo había hecho en el vestíbulo de la Facultad, y lo mismo se hizo con el mural pintado por Ignacio Gómez-Jaramillo en el Capitolio Nacional”.

Resulta que los murales de Alipio no alcanzaron a destruirse, sino que fueron enviados a la Universidad de Caldas, en Manizales, donde reposaron por años en paredes del edificio central, hasta depositarse en sótano, donde durmieron años de inclemencia. A mediados de los años 70 se rescataron y fueron instalados en la biblioteca central, con restauración un tanto empírica. Luego, en los años 2001/03 se restauraron por especialista, con la colaboración técnica del Ministerio de Cultura, para instalarse en el nuevo auditorio de la facultad de Ciencias para la Salud, en paneles sepa-



**JAIME
JARAMILLO URIBE**

MEMORIAS INTELECTUALES



rados, según instrucción que le conocimos al propio pintor. Sus temáticas son las del campo, bastante influidos por el muralismo mexicano. Esta noticia no la conoció el autor del libro.

En la atmósfera política y culturalmente asfixiante, Danilo Cruz-Vélez y Rafael Carrillo, del Instituto de Filosofía de la UN, parten para Alemania en 1952 a especializarse. Jaramillo-Uribe seguía en sus labores docentes e investigativas, y del resultado de su participación en congreso latinoamericano de Filosofía (Quito, 1953) publica informe en la revista "Bolívar" del Ministerio de Educación, relacionado con las discusiones que se tuvieron sobre la enseñanza de la Filosofía y acerca de la misión de las facultades de esta disciplina.

Jaramillo-Uribe publica su reconocido libro "El pensamiento colombiano en el siglo XIX" (1963) que desarrolló a instancia de Leopoldo Zea quien quiso vincularlo a la serie editorial que lideraba sobre la historia de las ideas en Latinoamérica, sin que se hubiera asumido su publicación en México. Esa investigación la culminó en su pasantía de profesor invitado en la Universidad de Hamburgo (1954-56). Lamenta que esa obra poca receptividad haya tenido en Colombia, pero asevera que tuvo "mejor acogida en los medios académicos y en las revistas especializadas norteamericanas."

En la Universidad de Hamburgo impartió curso de historia latinoamericana, con base en seis novelistas: Mariano Azuela (México), Ricardo Güiraldes (Argentina), Eduardo Barrios (Chile), José-Eustasio Rivera (Colombia), Jorge Icaza (Ecuador) y Rómulo Gallegos (Venezuela). Visitó, durante esa pasantía, a sus amigos los filósofos Danilo Cruz-Vélez y Rafael Carrillo, en Friburgo, con el ánimo de conocer a Heidegger, a quien pudo observar a distancia, ocasionándole la siguiente sensación: "... no impresionaba por su figura... De mediana estatura, vestido como cualquier burócrata, hablaba en un tono menor, mirando unos voluminosos pliegos." En ese período de Alemania tuvo también la oportunidad de dictar conferencias en universidades de Frankfurt, Marburg, Berlín y Bonn, en las que compartió estudio comparativo entre las ideas de Miguel-Antonio Caro y las de Juan-Bautista Alberdi, con base en la orientación cultural de los países hispanoamericanos después de la Independencia. Tuvo ocasión, en esa temporada, de viajar por Italia. Y en el segundo año de su residencia en Hamburgo nació Lorenzo su hijo y de Yolanda su esposa (matrimoniados en 1952), quien llegó a ser notable pintor, con muerte temprana.

De este tiempo alude a situación curiosa cuando Yolanda se va a París, durante un par de meses, en plan de estudio, y al bebé lo internan en hogar en pueblo cercano, con visita del papá los fines de semana. ¡Cuero duro de esos padres! Regresa en 1957 y se reincorpora al Instituto de Filosofía en

la Universidad Nacional, dirigido ya por Julián Mota-Salas. Resalta como “idea muy colombiana” la de que siempre nuevas administraciones desconocen la obra anterior y creen emprender todo de nuevo, así el caso de quienes pretendieron borrar la que llamaron “nefanda herencia izquierdista de la Universidad que había presidido Gerardo Molina”, una de las mejores administraciones de las que se tenga noticia en toda la historia de la Universidad Nacional. Eran vientos de absurdo cambio que provenían del gobierno del país.

Con la llegada de Alberto Lleras a la presidencia de la República, en 1958, como primer mandatario del “frente nacional”, se nombró a Mario Laserna rector de la UN, quien enfrentó oposición interna, en particular de grupo laureanista. Laserna tuvo el tino de nombrar en la dirección del Instituto de Economía a Luis Ospina-Vásquez, autor del libro “Industria y protección en Colombia”, a la que califica el autor como obra “pionera de la moderna historia económica nacional”. En ese rectorado Jaramillo-Urbe ejerció de secretario académico de la Universidad, algo así como vicerrector académico en la nomenclatura administrativa reciente, cargo que desempeñó hasta 1960, y se propuso en él rescatar símbolos que conservaran presente la tradición universitaria. En el Claustro de Santa Clara, centro de la ciudad capital, donde funcionó por años la facultad de Derecho y por ese entonces Bellas Artes, encontró serie de reproducciones de arte griego, que habían sido importadas por Roberto Pizano cuando fue director de la Escuela de Bellas Artes. Hizo instalar esos testimonios históricos en el campus, en el edificio de Arquitectura y Bellas Artes. También en sus desempeños Jaramillo llevó a cabo otra actuación memorable: el homenaje que se le tributó al presidente Alfonso López-Pumarejo, como oportunidad de resaltar el criterio muy suyo de considerar a la Universidad como “el ámbito de confluencia de la tradición cultural y política del país”, además por estimar que López-Pumarejo fue el “creador de la Universidad Nacional moderna”, a quien se debió la sanción, en su primer gobierno, de la ley que le confirió autonomía a la institución. El acto grandioso se llevó a cabo en la cafetería central de los estudiantes, a falta de auditorio, con acogida entusiasta y multitudinaria, con la presencia del presidente Alberto Lleras. El discurso “emotivo y autobiográfico” que pronunció López-Pumarejo en aquella oportunidad, fue publicado en el “El Tiempo” de Bogotá, el lunes 4 de mayo de 1959. Pocos meses después muere en Londres donde se desempeñó por poco tiempo de Embajador. El autor califica ese acto de “verdaderamente emotivo y memorable”.

Jaramillo-Urbe también estuvo vinculado como catedrático en la Universidad de los Andes, ocasionalmente en los años cincuenta y de manera más formal en los sesenta, con la autorización de la UN, donde era de dedicación exclusiva, pero definitiva a partir de 1971. Impartió en ella cáte-

dra sobre el "Discurso del método" de Descartes, entre otras. Y fue decisivo para vincular a Danilo Cruz-Vélez a los Andes, cuando éste regresó de Alemania, por sugerencia que le hizo al rector Ramón de Zubiría, siendo nombrado como decano de la facultad de Filosofía y Letras (principios de los años sesenta). Aprecia la tarea cumplida por Cruz-Vélez, en los términos siguientes: "Les imprimió a los estudios filosóficos un gran rigor, sacándolos del estudio de los manuales de historia de la filosofía y poniendo a los estudiantes en contacto directo con los textos de las grandes figuras del pensamiento filosófico, particularmente de personalidades señeras de la filosofía griega y alemana."

Jaramillo-Uribe dedica un capítulo, el XI, a la década del sesenta, como tiempo que identifica de "profundos cambios sociales", con "cambios radicales y acelerados en todos los temas de la vida, en las mentalidades, en los gustos, en los hábitos, en el vestuario." Anota que desaparecieron las diferencias formales entre profesores y estudiantes, con los consiguientes rechazos a lo establecido como hábitos y costumbres, y el auge del anticapitalismo, con surgimiento de la ecología como ciencia nueva. La marihuana, en lo principal, y otras drogas se extendieron en su uso, con el jipismo como manifestación más publicitada. Época coincidente con la "guerra fría" entre las dos potencias mundiales, Estados Unidos y la Unión Soviética, y la "Alianza para el progreso", programa de políticas sociales creado en Washington para intentar oponerse a la repercusión política de la revolución cubana en Latinoamérica. De igual modo, señala, la presencia activa de programas de fundaciones como la Ford y la Rockefeller, que estimularon reformas educativas en especial en Medicina. Estima que en ese contexto se dieron las reformas asumidas por la Universidad Nacional de Colombia en "1962" (sic), reformas que ocurrieron en 1964 con el arribo al rectorado UN de José-Félix Patiño.

Al dejar Jaramillo-Uribe la secretaría académica de la UN reasume con intensidad las actividades académicas y se propone estudiar a fondo el marxismo. Asume, por más de un año, la lectura sistemática de "El Capital", con apoyo en ediciones en alemán, francés y español, para concluir "que en el pensamiento de Marx había tanto utopismo como en autores como Fourier". No podía calificar de otra manera la idea compartida por Engels de que con la llegada del socialismo irían a desaparecer las instituciones soporte de la sociedad burguesa: familia, propiedad privada y Estado, y con la superación de cierta transición se llegaría al disfrute pleno de la inteligencia y del arte, quedando el Estado en la función de administrar los bienes colectivos, sin posibilidad alguna de controlar y reprimir a los miembros de la sociedad.

Esta comprensión de las ilusiones de Marx, la confirmó al no cumplirse en el tiempo sus pronósticos, puesto que se apoyaba en la creencia de estar sujeta la humanidad, con su historia, a leyes inexorables como las de la

Física. El autor pone de ejemplo la garrafal equivocación al dar por ley la declinación de las tasas de ganancia, con el consiguiente derrumbamiento del capitalismo, cuando lo que ocurrió fue al contrario, con crecimiento de la producción en una “sociedad de consumo”, como se ha llamado, con crecimiento del consumo por todas las clases sociales y mejoramiento del nivel de vida de la población. Consolida Jaramillo su apreciación con el derrumbe de la URSS bajo, la que llama, “valiente y lúcida” política de Gorbachov y sucesores.

Con la llegada de José-Félix Patiño al rectorado de la UN (cumplió período 1964-1966), Jaramillo-Urbe fue nombrado decano de la facultad de Filosofía y Letras, en medio del auge de la “Alianza para el progreso” y de las fundaciones Ford y Rockefeller, con aplicación de recursos en la modernización de las universidades públicas, lo que generó encendido debate sobre la “dependencia”. Reconoce en la administración Patiño a “una de las más dinámicas e innovadoras en la organización y orientación de la Universidad, particularmente en el campo de la medicina.” El autor hace referencia a la visita que hizo Rudolph Atcon, “extraño profesor de origen griego”, en tiempos del rectorado de José-Félix Patiño, quien produjo estudio sobre las universidades latinoamericanas, concluyendo en la inconveniencia de la representación de los estudiantes en los órganos de gobierno, y calificando al movimiento estudiantil como “destructor” del sistema universitario latinoamericano. Recuerda Jaramillo-Urbe haber escrito respuesta al “Informe Atcon” en la revista “Eco”, con base sobre todo en su experiencia en la UN (Cfr.: J. Jaramillo-Urbe. *Observaciones al informe Atcon sobre las universidades latinoamericanas*. Revista ECO, No.37-39, tomo VII/1-3, Bogotá, mayo/julio 1963; pp. 170-186. En la misma edición se encuentra el reconocido “Informe Atcon”, bajo el título: *La universidad latinoamericana. Clave para un enfoque conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en la América Latina*; pp. 4-169).

Especial mención hace del proceso que condujo a la formación de la primera promoción (¿generación?) de historiadores profesionales, con la fundación del departamento de Historia UN en 1962, la publicación en 1963 del primer número del “Anuario colombiano de historia social y de la cultura”, concordante con la terminación de estudios en Filosofía de quienes formarían ese primer grupo de profesionales de la Historia, integrantes a quienes nombra con sus realizaciones: Germán Colmenares, al que califica de “excepcionales condiciones intelectuales”; Jorge-Orlando Melo, “mesurado y generoso por naturaleza”; Hermes Tovar-Pinzón, de “temperamento brioso”, “historiador de archivos”; Germán Rubiano, orientado hacia la crítica y la historia del arte; Carmen Ortega-Ricaurte, con vocación de historiadora por tradición familiar; Margarita González, “una de las mayores conocedoras de temas como los resguardos indíge-

nas". En la misma promoción estaba Rubén Sierra-Mejía, orientado a la Filosofía y de "posición independiente". Otros dos de la misma promoción fueron Víctor Álvarez, vinculado luego a la Universidad de Antioquia y Jorge Palacios-Preciado, a la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, donde fue rector y posteriormente, en Bogotá, director del Archivo General de la Nación.

Cuando Jaramillo-Urbe deja el decanato y asume seis horas semanales de carga docente, organiza su trabajo de tal modo que dedica las tardes a la investigación, en tres temas de la historia social del país: historia demográfica, proceso de mestizaje e institución de la esclavitud. A los pocos años el resultado obtenido fue su obra: "Ensayos de historia social colombiana" (Ed. Universidad Nacional de Colombia, Biblioteca Universitaria de Cultura Colombiana, Bogotá 1968; 272 pp.), integrada por cuatro ensayos que publicó, de 1963 a 1966, en el "Anuario colombiano de historia social y de la cultura".

Con esa obra comenzó en Colombia una nueva historia social, con métodos cuantitativos asimilados de la escuela francesa de los "Annales" y de la "New Economic History" de los Estados Unidos, y con estudio de fuentes primarias. Con sus investigaciones estableció la influencia que tuvo la Revolución Francesa de 1848 en las corrientes de las ideas en la coyuntura colombiana de 1850, en especial de autores como Lamartine, con la "Historia de los girondinos", Eugenio Sue, con el "Judío errante" y Víctor Hugo con su obra poética.

De manera singular cuenta que en su viaje a la Argentina en 1966 descubrió un libro extraño intitulado "Los cantos de Maldoror", del conde de Lautrémont, conformado por seis poemas en prosa de profundo pesimismo, cuyo autor en nombre real era Isidore Ducasse (1846-1870) de ascendencia francesa, nacido en Montevideo. Libro del que luego confirma fue de influencia, al igual que el conjunto de la obra de Ducasse, en la orientación estética del futurismo y del surrealismo.

Los viajes de Jaramillo-Urbe siempre fueron repletos de curiosidad intelectual y de ansias de encontrar personalidades para el diálogo enriquecedor, incluso para el debate, con ánimo dispuesto a la búsqueda incesante del conocimiento. Fue por Europa y América, en estudio y en congresos, y pocas veces en plan de recreación. En estas *Memorias* se observa esa constante, con el testimonio lúcido de los encuentros y el recuerdo de personalidades que le aportaron pistas o elementos para avanzar en su desarrollo, con las continuas pesquisas en temas palpitantes. De los viajes deja en estas páginas testimonios elocuentes, incluso con apreciaciones sobre arquitectura, museos, y otros ambientes culturales, en especial de música. Pero en ellos, anota con reiteración, siempre dispuso de tiempo para estar por

ahí un buen rato, con actitud de desprevenido descanso, en una cafetería o en salón de té, o en un parque, viendo pasar la gente.

En el caso de Santiago de Chile, observa que es bella ciudad moderna, sin mayores testimonios de arquitectura colonial española, a diferencia de México, Perú, Colombia y Guatemala, lo que consigue explicar por el hecho de no haber dispuesto los colonizadores españoles en Chile de minas de oro y plata, motivo de su interés primordial. Cumplió muchas veces misiones de profesor invitado en Estados Unidos y Europa, con calificada dedicación y la agudeza de observador que le caracterizan. Por ejemplo de su pasantía en la Universidad de Vanderbilt, en Tennessee, Estados Unidos (1967) hace anotaciones sobre la organización de la universidad y del campus, valorando que siendo institución con seis o siete mil estudiantes disponía de biblioteca con un millón y medio de ejemplares.

Se jubila de la Universidad Nacional en 1970 y de inmediato la Universidad de los Andes lo asume, como uno de sus más valiosos académicos que sigue siendo, por iniciativa de Danilo Cruz-Vélez quien deseaba retirarse del decanato en la facultad de Filosofía y de la Universidad para asumir en tiempo pleno su labor de estudioso pensador y de escritor, ofreciéndole la sucesión en ese cargo, lo que ocurrió, con el beneplácito entusiasta de las directivas, cargo que asumió a principios de 1971. Asimismo regentó la cátedra de filosofía moderna que dejaba Cruz-Vélez.

Le correspondió participar de seminario convocado por la "Asociación colombiana de universidades, ASCUN" sobre el papel de las humanidades en los planes de estudio universitarios, donde se hizo manifiesto el modelo norteamericano que generalizó la modalidad del "libro de resúmenes" de obras fundamentales. Jaramillo-Uribe propuso en el debate que se dedicara el semestre de humanidades a la lectura y estudio de una o dos obras de autor clásico griego o latino, o del Renacimiento, o de los siglos XVII o XVIII, o incluso de la época moderna, preguntándose: ¿Por qué no, en lugar de Homero, Shakespeare o Balzac o Proust?

Da una mirada crítica a la proliferación de universidades privadas, surgidas con precarias condiciones, ofreciendo carreras que no requerían laboratorios y equipos especializados, para facilitar el negocio de los fundadores, como administración, derecho y economía. El autor se explica este fenómeno por la precariedad de cupos ofrecidos por la universidades públicas de Estado en los años sesenta. Adjudica esa iniciativa, en contrario a lo ocurrido en Ciudad de México y Buenos Aires, como hipótesis, a los Estados Unidos. La privatización en el conjunto de universidades prolifera, constatando que en el momento de escribir las *Memorias* (2005) en Colombia se tenía solo un millón de estudiantes universitarios, con el 20% de universidades públicas y el 80% de universidades privadas.

Como no solo en las instituciones oficiales se cuecen habas, relata que en 1975, retirado del decanato y como profesor-investigador de historia económica de Colombia, con vinculaciones en la facultad de Economía y en el "Centro de estudios sobre desarrollo económico -CEDE", de la Universidad de los Andes, fue invitado a una pasantía de profesor en dos períodos académicos (de tres meses cada uno) en St Antony's College de la Universidad de Oxford, y el rector de la Universidad de los Andes, Fernando Cepeda, no le facilitó la comisión, teniendo que renunciar, así al regreso fuese de nuevo nombrado. Registra también por curiosidad el ambiente en aquella institución inglesa, en la cual los profesores compartían con regularidad un almuerzo, en ambiente cordial, pero por fuera de esa oportunidad los colegas ingleses no propiciaban el menor intento de saludo. Sin embargo, observa que cuando se lograba relación de amistad con un inglés, se daba en condiciones realmente excepcionales.

Aprovechó esa estadía en Inglaterra para adelantar programa de investigación en el Museo Británico, que disponía de importante archivo sobre historia latinoamericana del siglo XVIII, y en el Public Record Office, de valiosos fondos sobre historia de España y América.

A principios de 1977 Jaramillo-Uribe fue nombrado embajador de Colombia en Alemania, por el presidente Alfonso López-Michelsen, con la intermediación del Canciller Indalecio Liévano-Aguirre, cargo que desempeñó hasta el cambio de gobierno en 1978. Tuvo debilidad de solicitar continuidad de su permanencia en el cargo por un semestre más, en virtud de circunstancias familiares, pero la respuesta recibida por el nuevo Canciller, Diego Uribe-Vargas, fue la aceptación inmediata de la renuncia, sin ni siquiera agradecerle protocolariamente sus servicios prestados.

Ese tiempo, con centro en Alemania, lo aprovechó Jaramillo-Uribe para viajes de observación y estudio por el país y por los Alpes Bávaros y Praga. En las relaciones con el cuerpo diplomático pudo darse cuenta del manejo meramente superficial de ellas, en cuanto a las embajadas europeas. De las embajadas latinoamericanas se dio cuenta de los personajes en buen número políticos en compensación por los servicios al presidente de turno o al régimen, o militares también compensados por las contribuciones a algún golpe de Estado. Asimismo notó la presencia en esos desempeños de intelectuales y periodistas, en general obsecuentes de los respectivos gobiernos.

Esa experiencia estuvo cargada de anécdotas, como cuando se le ocurrió proponer la colocación de placa recordatoria del doctorado que obtuvo en la Universidad de Tübingen el lingüista y etnógrafo colombiano Ezequiel Uricoechea, pero el alcalde le respondió que allá nadie recordaba que persona con ese nombre hubiese pasado por la ciudad. Incidente que el

autor señala como “elocuente de la mentalidad burocrática y cuartelaria que desde el siglo XVIII había imprimido en la administración pública alemana el emperador Federico I.”

Jaramillo-Urbe disfrutó los ambientes culturales, ante todo de Bonn y Colonia, con sus museos, salas de concierto y arquitectura comenzando por sus catedrales del gótico, y el clima universitario. En Bonn tuvo la fortuna de encontrar de nuevo a Rafael Gutiérrez-Girardot, profesor en la Universidad, aplicado al área de Romanística, a quien ya conocía desde los tiempos del Instituto de Filosofía en la Universidad Nacional, en los años cincuenta. Gutiérrez-Girardot lo invitó a dictar conferencia en su cátedra, ocasión que fue favorable para estrechar relaciones con él y su familia.

En su visita a Praga reconoció la ciudad, en similitud a París, por la sorprendente unidad de ciudad medieval, renacentista, barroca y moderna, calificándola, con razón, como “una de las ciudades más maravillosas y sorprendentes”.

En 1979, ya en Bogotá, como investigador del CEDE de la Universidad de los Andes, participó en el seminario “Los estudios regionales en Colombia. El caso de Antioquia”, convocado por la FAES (“Fundación para los estudios sociales”), que contó con la participación de selecta nómina de historiadores y economistas: Frank Safford, Anne Twinam, Frédéric Mauro, José-Antonio Ocampo, Jorge-Orlando Melo, Hermes Tovar-Pinzón, Luis H. Fajardo, entre otros. Jaramillo-Urbe presentó ponencia sobre “Los antecedentes históricos de los estudios sociales sobre Antioquia”, de igual modo que participó en debate sobre la influencia de los vascos durante el siglo XVII en Antioquia, con desarrollo de tesis sobre la razón por la cual los colonos españoles en esa región no tuvieron más que “trabajar con sus propias manos” por la carencia de mano de obra indígena, puesto que los pueblos nativos habían sido casi exterminados por su beligerancia, con la consiguiente debilidad de la institución llamada “encomienda”, que era la forma de aprovechar en esclavitud a los indígenas.

En apartado que consagra a recordar cómo surgió el “Manual de historia de Colombia”, dice haber sido convocada, en junio de 1977, por Gloria Zea -directora del Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura- una reunión de historiadores, economistas y sociólogos, para explorar posibilidades en escribir un manual de historia de Colombia, aprovechando la puesta en funcionamiento de la FAES -Fundación antioqueña para los estudios sociales- creada por Luis Ospina-Vásquez. En esa oportunidad se asignó a Jaramillo-Urbe como director científico del proyecto, con libertad plena para escoger a los colaboradores. Aprovecha para recontar los tres volúmenes que se hicieron, con la publicación del primero en 1978. El tomo I dedicado al período indígena, la Conquista y la Colonia; el tomo II

sobre la Independencia y el desarrollo nacional hasta comienzos del siglo XX, el tomo III abarca desde 1900 hasta la época contemporánea. Jaramillo-Urbe trabajó en el tomo primero, con Germán Colmenares, el tema “Estado, administración y vida política en la sociedad colonial”. Pone de presente Jaramillo-Urbe que para esa obra no se establecieron previamente orientaciones, método e hipótesis, sino que se convocó a los expertos para que escribieran temas de sus preferencias, de ahí que es obra colectiva elaborada “sin uniformidad de criterios, de juicios o de métodos históricos”. También anota Jaramillo-Urbe que esa obra de finales de los setenta dio origen a otra más ambiciosa de la década siguiente como fue la “Nueva historia de Colombia” publicada por Editorial Planeta.

Amplio espacio dedica el autor a rememorar sus desempeños como director del “Centro regional para el fomento del libro en América Latina, CERLAL”, con sede en Bogotá, en dos períodos: 1980/82 y 1982/84, de intensos viajes por Brasil, París, Cuba, Perú, México, República Dominicana, Barbados, Santa Lucía, Granada, Bolivia, Uruguay, Paraguay, España, Grecia. Con la curiosidad de haber sido sugerido su nombre por Alberto Lleras al presidente de la República, Julio-César Turbay A., quien por protocolo lo proponía a la Unesco en París. En esos viajes refrescó los conocimientos adquiridos por las lecturas, y tuvo oportunidad de acercarse a personalidades intelectuales, apreciar aspectos urbanísticos, culturales, sociales y políticos de naciones y regiones, como en el caso del descubrimiento de Bahía, “ciudad maravillosa y original”, o de Manaos, ciudad de “trágica y maravillosa leyenda”, con su teatro de ópera de estilo barroco, o la arquitectura “ultramoderna” de Brasilia.

En París constata la “inmensa burocracia de la Unesco”, por demás “compleja”. En Cuba tuvo la impresión de haberse hecho la Revolución con la fortuna de un país “ya hecho y bien hecho”. De Perú recuerda, entre otras, sus buenas relaciones con historiadores y filósofos como Francisco Miró-Quesada, Augusto Salazar-Bondy, Ella Dumbor-Temple... De Ciudad de México recoge la sensación que tuvo al adelantar gestiones en el Ministerio de Educación, con la aseveración que “una de las formas más atroces de la tortura en el mundo moderno [es] moverse en el seno de la burocracia”. De Madrid destaca sus visitas al Museo del Prado, el Museo Arqueológico Nacional, resaltando tesoros como el “Guernica”, la “Dama de Elche”, la “Dama de Baza” y las fieles reproducciones de pinturas de la Cueva de Altamira. En Grecia se recrea con los testimonios históricos, arqueológicos, ambientales, pasando por las ruinas de Corinto, la tumba de Agamenón, el teatro de Epidauro, la Hélade, Olimpia, el santuario de Zeus y Hera, el templo de Apolo, la fuente Castalia, el museo de Delfos, el palacio de Cnosos, el castillo de los Caballeros de San Juan, las calles de Éfeso por donde se paseaba Heráclito, “pensador del fuego”...

Jaramillo-Urbe se reincorpora, de esos desempeños, a la Universidad de los Andes, donde prosigue investigaciones y docencia, pasa del CEDE al departamento de Historia, el cual dirige, con problemas similares a los que tuvo en la Universidad Nacional, en cuestiones relativas a las relaciones entre docencia y política. El autor creía, con buen sentido, que era posible ejercer la vida académica sin tomar partido en lo político, de tal manera que a los estudiantes no les llegara influencia sesgada, sino salvaguardando independencia ideológica con estímulo al pensamiento libre. Pero núcleos de profesores opinaban lo contrario y lo señalaban como de derecha.

Presenta crítica al decanato cumplido por Germán Arciniegas en la facultad de Filosofía y Letras, quien consideraba que había que remplazar el estudio de Hegel y similares por el de los cronistas americanos de Indias. Hubo la consiguiente polémica entre los profesores. Jaramillo-Urbe defendió a Hegel recordando que este “definía la libertad como la capacidad del hombre en darse las leyes que regían su conducta como miembro de un Estado”, de manera similar a Rousseau. Con la consecuencia anotada por el autor de estimar que los indígenas no hicieron historia mientras estuvieron sometidos por la dominación de los españoles, pero sí entraron a ella cuando se conquistó la independencia. Posición que Arciniegas no aceptaba. Como resultado de la animadversión despertada, el maestro Arciniegas renunció. Jaramillo-Urbe llega a calificar de “extravagantes” las ideas que promovió Arciniegas en la Universidad.

En el capítulo final del libro, el diecisiete, el autor alude a la década del noventa y al cambio de siglo, pero en especial muestra el dolor que le causó la muerte de su hijo Lorenzo, en 1992, de quien recuerda su dotes especiales para las artes (la pintura en particular), la letras y los idiomas. Cuenta que al terminar su bachillerato en el Colegio Andino (nombre en el que devino el Colegio Alemán), en la asignatura de letras desarrolló singular ensayo en lengua alemana sobre Thomas Mann. Sabía con envidiable corrección alemán, francés e inglés y llegó también a conocer bien el ruso. Y el papá conserva cartas abundantes, extensas, donde se aprecia la calidad de su escritura y la formación intelectual admirable. Como pintor adquirió los elementos de rutina en la Universidad Nacional y en clases privadas con Juan-Antonio Roda, con prolongadas pasantías en París, en la cercanía de pintores como Luis Caballero. Después de su muerte, la Biblioteca del Banco de la República montó en Bogotá una grandiosa retrospectiva, acompañada por documentos como cartas, grabados, libros que ilustró, etc., en la que pudimos apreciar el inmenso talento de ese chico, fallecido de manera tan temprana.

La muerte de Lorenzo, lo recuerda el autor, ocasionó profundo dolor a los padres y a la hermana, pero Jaramillo-Urbe se sumió en tremenda depresión por la que tuvo que acudir a tratamiento con psiquiatra, superándolo.

la con reincorporación a su trabajo habitual.

En 1994 el autor entrega en venta su biblioteca de doce mil volúmenes a la sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia, y en 1995 emprende viaje a Rusia, con su esposa Yolanda y Rosario, la hija. Visitan Moscú y San Petersburgo, con revisión de la arquitectura y los museos, en especial del Ermitage, al que reconoce rico en pintura moderna europea, en especial de Francia. En diciembre de 1999 los tres deciden darse unas vacaciones en Cuba, que el autor encuentra con pocos cambios después de diez años de su primera visita. Valora la muestra de pintura cubana en el Museo Nacional. Observa también la presencia del mercado negro de cigarrillos y cierta mendicidad. Atravesaron la Isla de extremo a extremo en cómodo bus. En Trinidad descubren ciudad rica en arquitectura tradicional española. Y de igual modo van a Cienfuegos para apreciar las huellas de la prosperidad que vivió Cuba a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Pasean también por Matanzas, y concluye, como lo advirtió en la primera visita, que “Castro había tenido la fortuna de hacer la revolución en un país rico, ya hecho bien hecho, al cual poco tenía que agregar el nuevo régimen”.

Dedica breve apartado a mencionar algunas de las más importantes distinciones que se le han conferido: la Cruz de Boyacá, los doctorados Honoris-causa conferidos por la Universidad Nacional de Colombia y por la Universidad de los Andes, el “premio en metálico” que le entregó el gobierno de Ernesto Samper, con Ramiro Osorio como Ministro de Cultura, el Premio del Grupo Editorial Planeta, el Premio Nacional a la vida y obra de un historiador. Y, a no dudar, el más significativo: la publicación de la obra completa, en ocho volúmenes, por la Universidad de los Andes.

El libro concluye con otro apartado breve para aludir a la muerte de su esposa, Yolanda, en el 2005, con dolor comparable -dice- a la muerte de la madre ocurrida cuando el autor estaba en los quince años. Recuerda que se conocieron en 1941, al terminar los estudios en la Escuela Normal Superior y ella iniciar allí los suyos. La valora como destacada investigadora en Antropología, su disciplina, y en conjunto la califica de “ser excepcional,... ser incomparable e irremplazable”.

De conjunto el libro es valioso testimonio personal de un intelectual íntegro, pionero en su disciplina, con fortalezas científicas para la investigación y capacidad admirada de formar escuela, como en efecto lo consiguió, con discípulos que siguen el sendero trazado por él en la comprensión de la historia colombiana, en contextos intelectuales amplios y universales.

[En Aleph, 19.VII.07]

La minería en la Nueva Granada (1750-1810)

Darío Valencia-Restrepo



Jaime Jaramillo-Urbe

Trabajos recientes han puesto de presente la importancia de la minería en la Nueva Granada durante los últimos años del régimen colonial. Los datos permiten afirmar que dicho sector tuvo participación central en un crecimiento de la economía durante la segunda mitad del siglo XVIII, y que ese crecimiento fue mayor del que se ha reconocido tradicionalmente (1).

Una segunda referencia (2) da cuenta de la experiencia económica de dicho virreinato desde mediados del siglo XVIII hasta la ruptura del régimen colonial, experiencia cuyo pivote fue la extracción y circulación del oro, metal que hizo de Colombia y Brasil casos muy diferentes a los de México y Perú, cuyo punto de apoyo fue más bien la plata.

Con base en estimaciones de algunas fuentes y las suyas propias, en un reciente libro (3) Poveda Ramos muestra unos datos muy reveladores:

PRODUCCIÓN DE ORO EN COLOMBIA

1700-1810 15'100.000 onzas troy

1811-1900 10'731.000 onzas troy

Comparación 1493-1810

Colombia 1.070 toneladas métricas

El mundo 5.365 toneladas métricas

Se observa cómo la producción del siglo XVIII se compara favorablemente con la del siglo siguiente. Además, sorprende el dato de lo producido por Colombia con respecto a lo del mundo cuando se considera el período anterior a la independencia del país. La relación es de 20 %.

De lo anterior se desprende el interés que puede tener el examinar los esfuerzos de José Celestino Mutis, Fausto Delhuyar y Ángel Díaz con el fin de crear una institucionalidad semejante a la de Nueva España, donde se había alcanzado un gran desarrollo de la minería gracias al establecimiento de un Tribunal General, un Cuerpo de Minería y una Escuela de Minas. Para el efecto, durante una visita al Real Jardín Botánico, de Madrid, se tuvo la oportunidad de obtener copia de cuatro manuscritos relacionados con la institucionalidad propuesta. Esos manuscritos hacen parte del Fondo Documental José Celestino Mutis y su conocimiento fue factible gracias a la generosidad de aquella institución.

Se sabe que la Corona de España estaba muy preocupada por el mal estado de la minería en América, y por ello decidió enviar al continente los hermanos Juan José y Fausto Delhuyar, junto con su cuñado Ángel Díaz, todos ellos muy familiarizados con la explotación minera. Los Delhuyar son conocidos por haber descubierto el wolframio o tungsteno en 1783, cuando lograron aislar el nuevo elemento. Fausto desarrolló una trascendental labor en Nueva España, y posteriormente en su país una vez regresó de México. Como Juan José fue enviado a la Nueva Granada, más adelante se comentará sobre su presencia allí con algún detalle.

La institucionalidad minera en Nueva España

Los manuscritos ya mencionados señalan con frecuencia a las instituciones de Nueva España relacionadas con la minería como ejemplares y útiles modelos para implantar en Nueva Granada instituciones similares, con la debida adaptación en razón del desarrollo desigual entre los dos virreinos.

En la década de 1770 tuvo lugar una importante organización de la minería en Nueva España, muy en especial a partir de la cédula real del 1 de julio de 1776, la cual permitió que la comunidad de mineros se constituyera en un cuerpo formal. El primer resultado fue la creación del Cuerpo y Tribunal de Minería en 1777.

El Tribunal de Minería hizo un aporte sustancial a la educación y la investigación destinadas a mejorar las técnicas mineras y metalúrgicas. En el importante libro (4), de la serie Harvard Historical Studies, se muestra que la aproximación a los problemas y el manejo de los mismos son sorprendentemente modernos. Señala además que, de todas las actividades del Tribu-

nal, aquel aporte fue el que produjo los resultados más perdurables (4, pág. 301).

Una escuela de minas en Nueva España

Con su visionaria propuesta para establecer una escuela de minas, Fausto Delhuyar hizo una decisiva contribución al desarrollo de la educación minera en Nueva España. El apéndice D del libro (4) transcribe el “Plan de la escuela de minas presentado al Tribunal Real por su Director General don Fausto Delhuyar”, y tiene como fecha el 12 de enero de 1790.

El escrito se refiere a aspectos de enseñanza, lo cual incluye el plan de estudios, cualificación de los estudiantes, la administración interna, la rutina cotidiana, y la alimentación y cuidado de los estudiantes. En el apéndice E del mismo libro (4) aparece una impresionante y extensa lista de instrumentos y aparatos pedidos a Londres con destino a la Escuela de Minas.

De sumo interés es el siguiente párrafo del artículo (5, pág. 11):

Fausto Delhuyar organized the Royal College of Mines (Real Seminario de Minería) in Mexico City, the first technical college in the New World, and served as its first director.

Durante su visita a Nueva España, Alexander von Humboldt participó activamente en los exámenes que en 1803 se practicaron a los estudiantes de todos los cursos de la Escuela de Minas, incluso colaborando con ellos en el manejo de equipos. Manifestó después su muy favorable impresión al observar el competente desempeño de los estudiantes (4, pág. 350).

Años después, en 1822, el prusiano publicaría en Francia su gran libro *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* (6), en el cual elogia el sistema representativo del cuerpo de mineros y la capacidad financiera de su tribunal para comprometerse con grandes y útiles emprendimientos (4, pág. 440).

La otrora Escuela de Minas, conocida originalmente como Real Seminario de Minería, es hoy una floreciente Facultad de Ingeniería que hace parte de la Universidad Nacional Autónoma de México, tiene alrededor de 13.000 estudiantes, 12 carreras de pregrado y numerosos programas de posgrado.

Una trayectoria parecida tiene la Escuela de Minas, de Medellín, fundada en 1886 y hoy parte de la Universidad Nacional de Colombia. Por razones históricas conserva el nombre de Facultad de Minas, tiene cerca de

6.000 estudiantes, 12 programas de pregrado y numerosos programas de maestría y doctorado.

Las Reales Ordenanzas de la minería en Nueva España

En 1778, el Tribunal de Minería de Nueva España envió a España una propuesta de ordenanzas para la minería. Después de su revisión, en 1783 se promulgaron las “Reales Ordenanzas para la dirección y régimen de gobierno del Importante Cuerpo de la Minería de la Nueva España y de su Real Tribunal” (7).

Más adelante se verá que Ángel Díaz tomó como modelo estas Ordenanzas para proponer unas nuevas adaptadas a la Nueva Granada, algo necesario por el menor desarrollo de este virreinato con respecto al de Nueva España.

Existe una reciente publicación en facsímil de las Reales Ordenanzas (7), basada en la primera edición mexicana de 1845, cuyo reimpresor de la época fue Juan E. Oñate. Aquella publicación estuvo a cargo Nabu Public Domain Reprints, una editorial que reimprime en forma facsimilar textos históricos anteriores a 1923, cuando ya han vencido los derechos de autor.

De mucho interés son los siguientes dos artículos de las Ordenanzas:

Título V, Artículo 1: “Las minas son propias de mi real corona... pero las concedo a mis vasallos en propiedad y posesión...”

Título VI, Artículo 22: “Asímismo concedo que se puedan descubrir, solicitar, registrar y denunciar... cualesquiera fósiles, ya sean metales perfectos o medios minerales, bitúmenes o jugos de la tierra...”

Del primer artículo se deduce que Colombia heredó el principio de la Corona española relacionado con la propiedad estatal del subsuelo y de los recursos naturales no renovables. Cuando se habla de fósiles, bitúmenes y jugos de la tierra es bien posible que el segundo artículo se esté refiriendo a hidrocarburos como el petróleo.

Existe un extenso texto crítico (8) que compara la propuesta novohispana de 1778 con lo aprobado en la corte en 1783. Incluye también un escrito del entonces director general del Cuerpo de Minería de Nueva España cuyo título empieza así: “Notas a las Ordenanzas de Minas, puestas para su mayor inteligencia por el señor Dn. Joaquín Velázquez de León...”

Dice así la autora del estudio y edición del artículo que se comenta:

En los textos que aquí se ofrecen queda de manifiesto una de las vertientes más interesantes de la historia del derecho de las Indias, la que recoge la experiencia americana en la elaboración de los ordenamientos que habrían de servir para regir la vida de las posesiones ultramarinas de la Monarquía Hispánica.

Desarrollo de la minería en Nueva Granada

Con motivo del V Centenario del encuentro de España con el Nuevo Mundo, varios investigadores se dedicaron a estudiar la abundante información, perfectamente catalogada, que sobre la minería en Nueva Granada existe en el Archivo del Real Jardín Botánico, de Madrid. Concluyeron que se justificaba publicar relaciones e informes de los virreyes y gobernantes, ensayos sobre los métodos de beneficio de amalgamación y fundición realizados por Juan José de Elhuyar y José Celestino Mutis, así como otros artículos de interés. Ello dio lugar al importante texto (9), cuyo coordinador y presentador fue el distinguido académico don Juan Manuel López de Azcona.

En la Presentación del libro, dicho académico se refiere en forma ilustrada y sintética a los avances y dificultades del discurrir de la minería en la Nueva Granada entre 1500 y 1810. Señala cómo ella se inicia en forma incontrolada y comenta:

Esta minería de filones y placeres fue desarrollándose lentamente, la primera por utilizar como medio de arranque únicamente el barrón y la maza y la segunda por el uso de técnicas primitivas de lavado.

Un primer intento para regularizar las explotaciones auríferas lo constituye la creación de las Cajas Reales de Santa Fe de Bogotá (1718) y Popayán (1749). Con fines de estudio, se divide el territorio de interés en los distritos mineros de Pacífico, Antioquia, Magdalena y Cauca. Sobre las vicisitudes del sector, continúa así la Presentación:

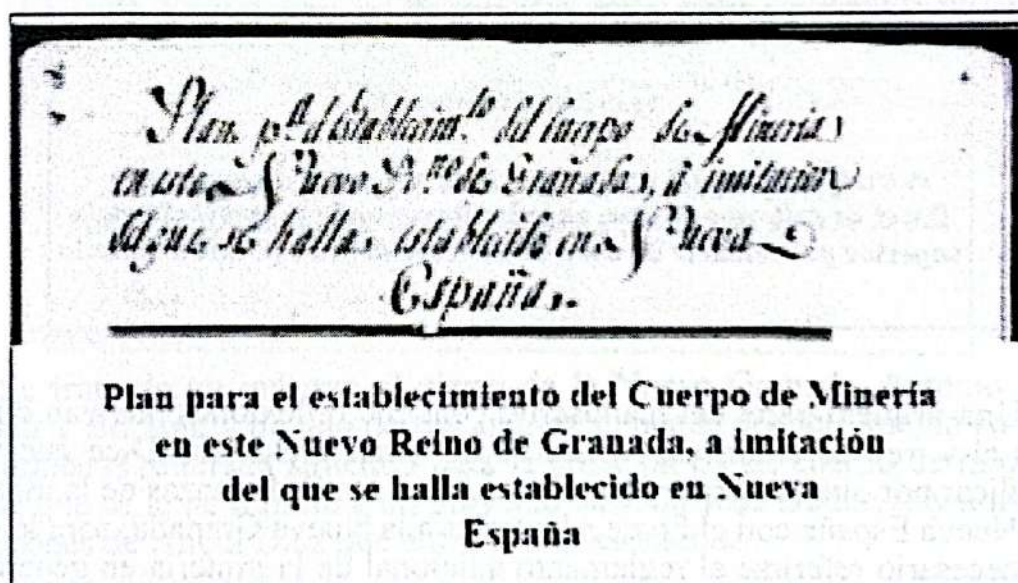
Muchas dificultades pasaron los mineros granadinos, durante el período estudiado (1500-1810). La primera y principal la dureza del clima. El transporte por caminos accidentados y dificultosos, que obligaban al acarreo a hombros de los portadores, de suministros de procedencia generalmente lejana. Se quejaban los mineros de los aviadores fijos o itinerantes (aquellos que costeaban labores de minas o prestaban dinero o efectos a los mineros)... Las sucesivas dificultades fueron produciendo bajas importantes en la mano de obra india, por considerar los nativos la minería, por in-

formación de los españoles, como actividad propia de esclavos y de reos. Con el cumplimiento de la R. C. de 1548, de liberación del trabajo de los indios en las minas, se produjo un fuerte descenso en el pueblo de las minas y en la producción de oro, que obligó a la apertura del mercado de esclavos negros de procedencia africana, con mayor rendimiento y mejor salud que los indios.

Como ya se dijo, el interés del presente trabajo se centra en los esfuerzos en pro del establecimiento de una institucionalidad minera en Nueva Granada, de modo que a continuación se analizaran las copias de manuscritos obtenidas por la amable cooperación del Real Jardín Botánico, de Madrid, manuscritos relacionados con las propuestas de crear un cuerpo de minería, un tribunal general y una escuela de minas.

Primer manuscrito

La imagen siguiente muestra el título de este manuscrito:



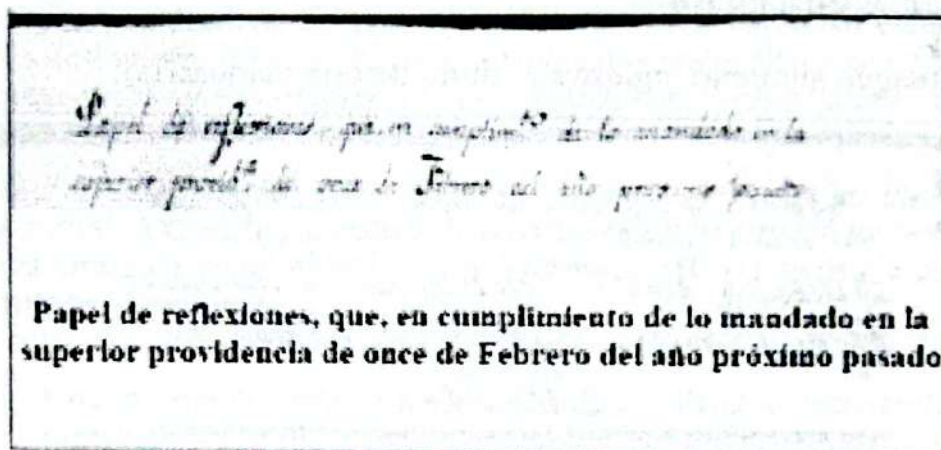
El manuscrito consta de 20 páginas, está incompleto y no tiene autor ni fecha. El texto habla de la importancia de la minería, el atraso en cuanto a las técnicas de explotación, el abandono de minas y los efectos negativos de la supresión de la Mita. Señala también los adelantos que puede experimentar el laboreo de minas cuando se aplican las ciencias útiles, al igual que destaca el trabajo de los mazamorreros en los aluviones y se lamenta del no aprovechamiento de la riqueza de las minas de veta.

Para el fomento de la minería en el virreinato, propone el establecimiento de un real cuerpo de minería, con frecuencia recurriendo al ejemplo de Nueva España, donde existe dicha institución desde 1777 y donde también existe un Tribunal General que se ocupa de los litigios mineros. Dicho cuerpo debe proveerse de un fondo pues es notoria la ausencia de numerario para el laboreo de las minas.

El manuscrito permaneció anónimo durante más de 200 años. Más adelante se explicará cómo fue posible obtener el nombre del autor, la fecha y el sitio de elaboración del mismo.

Segundo manuscrito

El segundo manuscrito tiene 63 páginas y corresponde a un texto de Ángel Díaz que empieza como muestra la siguiente imagen:



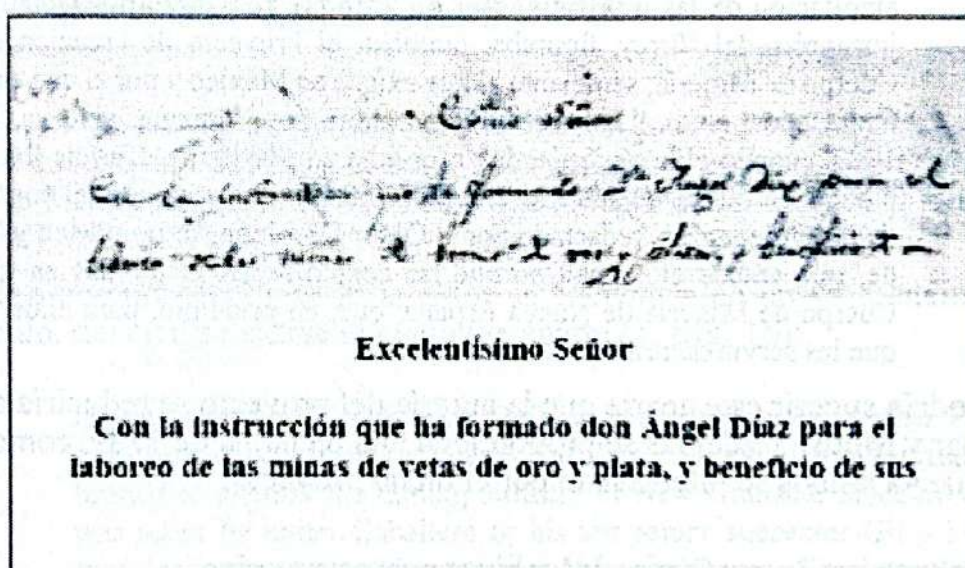
Una primera parte del manuscrito contiene reflexiones que van dirigidas al virrey de entonces, Antonio José Amar y Borbón. Dice que va a explicar por qué es necesario variar en parte las Ordenanzas de la minería de Nueva España con el fin de adaptarlas a la Nueva Granada, para lo cual es necesario referirse al reglamento adicional de la minería en general, y no al particular del territorio del gobierno de Popayán y el distrito de la Vega de Supía. Este apartado del manuscrito está fechado en Quiebralobo el 12 de abril de 1804.

Se lamenta que esta parte de América se halle privada del ramo que ha fomentado la minería tanto en México como en Perú, ya que no hay razón alguna para ello, sobre todo si se tiene en cuenta la abundancia de minerales de oro, plata, platina (platino), cobre, plomo, hierro... amén de las preciosas esmeraldas y sales de toda especie. Considera que es de suma importancia establecer un tribunal general de minería que tome como modelo el de Nueva España con algunas adaptaciones a la Nueva Granada.

Una segunda parte del manuscrito contiene un Reglamento que en forma ordenada, al referirse a títulos de las Reales Ordenanzas (7), detalla las modificaciones o adaptaciones que propone. Esta segunda parte del manuscrito está fechada, con anterioridad a la primera, en el Real de Minas de Quiebralobo el 26-27 de diciembre de 1802.

Tercer manuscrito

El tercer manuscrito se relaciona con Mutis, consta de siete páginas, está completo y fue fechado en Santafé el 24 de diciembre de 1804 y empieza así:



Se trata de un informe al virrey de la Nueva Granada, Antonio José Amar y Borbón, y de uno de sus apartes se puede deducir que no ha sido atendida la reiterada solicitud para la creación de un cuerpo de minería. Pide que se le dé trámite a un proyecto de Juan José Delhuyar y a las reflexiones de Ángel Díaz que antes se mencionaron.

Un párrafo del manuscrito proporciona una primera aproximación al autor del primer manuscrito, aquel cuyo autor anónimo propone la creación de un cuerpo de minería.

El difunto Director D'Elhuyar, el subdirector Díaz, y yo, autorizados por el Gobierno para hacerle todas las propuestas convenientes al fomento de las minas, en unas largas conferencias convinimos... proyectando también aquí la creación del cuerpo de minería... Presentó D'Elhuyar el reglamento con la bien concebida esperanza de ver agradecido su celo en desempeño del Virreinato; pero fundado aquí el teatro experimentó la inesperada suer-

te del más profundo olvido y sin haber podido conseguir que se diese su debido curso a la corte; cuyo acontecimiento contribuyó en parte al abatimiento del mismo y causó con otros semejantes disgustos su fallecimiento. ¡Pérdida casi irreparable para este Reyno!

De la primera parte de este párrafo parece deducirse una autoría múltiple del primer manuscrito: Delhuyar, Díaz y Mutis.

Pero un libro (10) contiene este párrafo:

Hay que hacer constar, que, en paralelo con el Plan de modernización y ampliación de las instalaciones y del Informe redactado por Delhuyar, a instancias del Virrey, figuraba, también, el Proyecto de creación de un Cuerpo de Minería, semejante al que existía en México y por el que estaban interesados, tanto él como Mutis, no ahora precisamente, sino ya, desde 1789, cuando el botánico, todavía, residía en Mariquita. Uno de los argumentos en que tanto Juan José como Mutis se apoyaban, era el contenido de las Ordenanzas, redactado por el Oidor Don Juan Antonio Mon y Velarde, que ambos elogiaban porque las consideraban inspiradas en las del Cuerpo de Minería de Nueva España, que, en principio, para ellos era el que les servía de referencia.

Podría sugerir este aparte que la autoría del proyecto se reduciría a Delhuyar y Mutis. Y además se proporciona una fecha, la de 1789, como año en que ya ambos se interesaban por el dicho proyecto.

Se resuelve la autoría del primer manuscrito

Después de leer libros y documentos se tuvo la fortuna de recordar un libro clásico en Colombia, titulado *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*, de Vicente Restrepo (11). En la página 306 de la segunda edición, correspondiente a 1888, se encuentra el siguiente título:

**O.—PLAN PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL CUERPO DE MINERÍA
EN ESTE NUEVO REINO DE GRANADA, Á IMITACIÓN DEL QUE SE
HALLA ESTABLECIDO EN NUEVA ESPAÑA, FORMADO POR D. JUAN
JOSE D'ELHÚYAR, DIRECTOR DE LAS REALES MINAS.**

Puede verse que este título coincide exactamente con el del manuscrito, salvo que tiene el agregado "FORMADO POR D. JUAN JOSE D'ELHÚYAR, DIRECTOR DE LAS REALES MINAS." Luego viene en

el libro un desarrollo del plan que muestra coincidencia con los primeros 30 párrafos del manuscrito. Después del párrafo 30 del libro aparecen unos puntos suspensivos que indican la supresión de párrafos. En efecto, en el libro no aparecen los últimos seis párrafos del incompleto manuscrito. Pero el libro incluye después de la pausa siete párrafos que parecen los finales del Plan, el último de los cuales es:

biemente ésta como el Estado. La saca de los metales irá en aumento y en la misma proporción el comercio y población del Reino, de cuyo fomento pende la prosperidad y el bienestar de todos los habitantes.

Real de Santa-Ana, 15 de Abril de 1789.

D^e Delhuyar.

Se deduce entonces que el autor del manuscrito es Juan José Delhuyar, que su fecha es 15 de abril de 1789 y que el lugar de su firma es el Real (de Minas) de Santa Ana.

Una comprobación de lo anterior se encuentra en un ya mencionado artículo, del cual se extrae el siguiente aparte (5, pág. 16):

Having learned of the Mining Guild in Mexico from his brother Fausto, Juan José had proposed to Viceroy Caballero that a similar organization be formed to oversee the mining industry of New Granada. Since no action was taken by either Caballero or his temporary successor Gil y Lemos, Juan José sent a renewed proposal to the new Viceroy, Ezpeleta. Not only did Ezpeleta deny the request...

De modo que Delhuyar presentó su propuesta tres veces, sucesivamente descartada por sendos virreyes. Sobre estos trámites, de la correspondencia de los hermanos Delhuyar (12) pueden extraerse dos apartes de interés. Uno primero es de una carta de Mutis a Juan José fechada el 14 de enero de 1790 (12, pág. 122):

Si hay tibieza al proponer el Plan del Cuerpo de Minería, puede proceder de lo que hemos hablado y vuesa merced habrá tenido allá ocasión de hacer nuevas observaciones.

El segundo aparte está tomado de una carta de Fausto Delhuyar a su hermano Juan José con fecha 15 de enero de 1794 (12, pág. 137), en el cual Fausto manifiesta el escepticismo con respecto a los trámites ante la corte:

¿Y quieres que tu solicitud se atienda desde luego? Échate, pues, a dormir y no te calientes mucho la cabeza.

El enigma del cuarto manuscrito

El último de los manuscritos, muy relacionado con Francisco José de Caldas, tiene el siguiente título:

Plan razonado del establecimiento
de un Cuerpo Militar de Ingenieros Mineralogicos en el
F *Nuevo Reyno de Granada.*

Plan razonado del establecimiento
de un Cuerpo Militar de Yngenieros Mineralogicos en el
Nuevo Reyno de Granada

El manuscrito parece completo pero no tiene autor ni fecha. En sus 44 páginas propone la creación de un cuerpo militar de ingenieros mineralógicos en el virreinato. La caligrafía parece indicar que se trata del trabajo de un copista. El manuscrito incluye un Reglamento que describe el cuerpo de ingenieros como una organización militar. Los directivos y profesores debían tener grados especificados y los estudiantes serían considerados como cadetes. Ver transcripción del documento en (13).

El autor del Plan es el mismo del Reglamento pues así lo asevera el autor del texto en el párrafo final del Plan. Después de este párrafo viene el Reglamento. El texto del documento fue atribuido erróneamente a Francisco José de Caldas durante casi un siglo, según se pudo verificar en múltiples fuentes consultadas. Ver, por ejemplo, (14), (15) y (16).

Este documento reviste gran importancia pues es la primera vez que en Colombia se propone la creación de una escuela de minas.

Se ve con claridad en qué dirección apunta la propuesta, si se considera el siguiente párrafo:

Mientras que no se reformen nuestras escuelas, sustituyendo en ellas el estudio de las ciencias naturales al de la peripatética que solo sirve para hacer cavilosos y díscolos a los que estudian...

Y con el siguiente extracto queda claro que el deseo es implantar la filosofía natural, es decir, básicamente Newton:

...de suerte que una vez establecidos los Ingenieros mineralógicos veremos infaliblemente propagarse con rapidez las luces de la Filosofía natural y con ellas la inteligencia en el laboreo de las minas que harán abundar el numerario que tanto escasea...

No le faltaba ambición al autor del Plan pues el ámbito de los ingenieros mineralógicos no se debía limitar a minas como las de oro. Su labor podría incluir las fábricas de salitre y pólvora. En el párrafo siguiente se señala que las salinas deben confiarse a las manos inteligentes de dichos ingenieros:

Las fábricas de salitre y pólvora hoy del todo abandonadas (acaso por falta de inteligentes que las manejen) pueden también confiarse a los Ingenieros mineralógicos, y en sus manos producirán mucha utilidad; porque abaratándose...

En un aparte del Reglamento, bajo el acápite de los Subinspectores, hay una referencia al plan de estudios. Habría que agregar que el Reglamento no menciona de dónde van a salir los profesores, qué libros, instrumentos y aparatos se necesitarán ni dónde se conseguirán, y habla en forma general de la necesidad de una sede. Suena increíble que no se ocupe de los recursos existentes que podrían colaborar con la propuesta: la Expedición Botánica, el Colegio del Rosario, etc. Al parecer, se trata de una propuesta estrictamente militar que propone un paralelismo con lo existente.

Lo escueto de la propuesta académica contrasta con la completa y detallada iniciativa de Fausto Delhuyar para la creación de una escuela de minas en Nueva España, tal como se vio con anterioridad.

El origen de la confusión

Todo empieza con un libro de 1909 (17). Allí, el colombiano Diego Mendoza Pérez transcribe el Plan junto con su Reglamento. Sorprende que por tanto tiempo se le haya dado crédito a esta publicación si el autor no dice de dónde tomó el texto ni da razones para atribuirlo a Caldas. Ello pudo deberse al prestigio de que gozó en vida Mendoza Pérez y al extraordinario valor del libro, sobre todo si se tiene en cuenta su antigüedad.

Al cotejar el texto del libro con el manuscrito se observan algunos cam-

bios, como por ejemplo la eliminación de la palabra “establecimiento” en el título y el escribir docimética en vez de docimástica. Además, son frecuentes los cambios en la puntuación.

Existe un voluminoso libro (18), ya centenario, cuyo autor era en ese entonces director del Real Jardín Botánico, en Madrid, y que por lo tanto tuvo una posición privilegiada para acceder al Fondo Mutis. Es de mucho interés el tratamiento de la vida y obra de Mutis, así como la transcripción de numerosos documentos. Ya para terminar el libro, el autor registra la presencia de Diego Mendoza Pérez en el Jardín Botánico y anuncia que el mismo publicará un libro resultado de sus pesquisas en la institución, al mismo tiempo que indica su título: exactamente el mismo (17).

José Antonio Amaya demuestra que Caldas no es autor del manuscrito

Un profesor de la Universidad Nacional de Colombia, José Antonio Amaya, fue el primero en afirmar, en un artículo de 2004 (19), que el manuscrito no es de Caldas. Sus argumentos se basan en tres puntos: el manuscrito se refiere en pasado a la visita de Humboldt a Santafé (1801); cita el monto total de los diezmos correspondientes a 1801, los cuales fueron consolidados en 1802; y señala que se ha mantenido sin ejercicio la cátedra de matemáticas del Colegio del Rosario, vacancia que termina con el nombramiento de Jorge Tadeo Lozano el 5 de noviembre de 1802.

Concluye entonces el profesor Amaya que el manuscrito data de 1802, que por este año tan temprano no puede ser de Caldas y que su autor permanece en el anonimato.

Un párrafo revelador

Basta considerar un aparte del manuscrito para afirmar que el mismo no puede ser de Caldas. Dice así:

Murió D'Elhuyar, y con el, la esperanza de que se instruyan los Mineros en esa facultad despues de haber gastado infructuosamente el Erario mas de doscientos mil pesos. Morirá Mutis, y quizá se sepultarán con el sus sabios descubrimientos, y sus inmensos conocimientos botanicos, y lejos de sacar utilidad la corona y en el Reyno de tan caras empresas les resultará el perjuicio de equivocarse, atribuyendo el mal éxito a ingratitud de la tierra y de sus moradores, y no a la verdadera causa que ha sido no haber acertado en el medio de propagar y arraigar los conocimientos y cultivo de las ciencias utiles, por haber querido contra el orden natural introducir la

practica antes de procurar la instrucción teorica que sirve a aquella de fundamento. (Nota. Se ha tratado de respetar las palabras y la puntuación del manuscrito.)

Cuando el aparte dice que Murió Delhuyar (1796) y morirá Mutis (1808) crea una ventana entre 1796 y 1808. En esos años Caldas no había manifestado mayor interés por la minería, ni por la ingeniería ni por la milicia. Además, no tenía la preparación ni la disposición para efectuar una descalificación tan fuerte de “tan caras empresas”. Ni mucho menos se habría prestado para demeritar la obra de Mutis, a quien consideraba en sus cartas de principios del siglo como padre.

Ya que el profesor Amaya dató la propuesta sobre los ingenieros mineralógicos en 1802, cabe preguntarse por las actividades científicas del prócer hasta dicho año, con el fin de sustentar que sus mayores intereses no tienen relación con los temas del manuscrito.

Precisamente del año anterior, 1801, son dos largas cartas de Caldas en las que resume sus actividades hasta la fecha. La primera, dirigida a su amigo Santiago Arroyo, es del 5 de agosto; y la segunda, dirigida a Mutis, también es del mismo día. Podría señalarse que de ellas se desprenden las siguientes actividades: astronomía, geografía y cartografía, hipsometría, botánica, fitogeografía y climatología.

Las cartas de Caldas pueden consultarse en internet, gracias a la Biblioteca Nacional de Colombia (20).

Una especulación débil

Cabe la pregunta: ¿Quién pudo ser entonces el autor del Plan y Reglamento? No es descartable una autoría múltiple ni una decisión de anonimato. Críticas tan fuertes a la Expedición Botánica, a Mutis y a Delhuyar podrían ser mal vistas por el virrey e, incluso, por la Corona.

Con el ánimo de invitar estudiosos a la búsqueda de la autoría en cuestión, se propone un nombre como posible autor pero con la expresa calificación de que se trata de una especulación muy débil, aunque Jorge Tadeo Lozano tiene atributos que resultan de interés.

Como Lozano hace una contundente defensa de la nobleza, es bueno recordar que él tenía un título noble heredado del padre. En efecto, en el manuscrito se propone “socorrer a la nobleza de este reino, facilitándole una ocupación distinguida con qué subsistir...”

El prócer sabía de lo militar pues obtuvo el grado de capitán en España, donde peleó contra los franceses como integrante de los Guardias de Corps de dicho país.

En tercer lugar, como dice Fabio Lozano y Lozano en unos apuntes para una biografía de Lozano (21), éste era un apasionado por el estudio de las ciencias naturales; cursó en Madrid, en los años 1792 y 1793, química en el Real Laboratorio; y trajo a la Nueva Granada una vasta biblioteca y todos los elementos necesarios para continuar aquí sus labores científicas.

Se confirma lo anterior con la propuesta que el rector del Colegio del Rosario en 1801 hace al virrey para que se nombre a Lozano en la cátedra de Química y Mineralogía, según carta que se publica en la misma referencia (21).

Además, el personaje ve la necesidad de promover el comercio en el virreinato sin perjudicar la metrópoli, o incluso favoreciéndola, algo que muestra una coincidencia entre el manuscrito y el “Correo Curioso, Erudito, Económico y Mercantil”, un periódico codirigido por Lozano (22).

Podría finalmente anotarse un hecho que tampoco puede ser muy concluyente. El autor del documento critica que se mantenga sin ejercicio la cátedra de matemáticas en el Colegio del Rosario. Y poco después es nombrado para dicha cátedra precisamente Jorge Tadeo Lozano.

Referencias

1. Kalmanovitz, Salomón (2008), *La Economía de la Nueva Granada*, pág. 9, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá.
2. Torres-Moreno, James-Vladimir (2013), *Minería y moneda en el Nuevo Reino de Granada*, pág. 14, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
3. Poveda-Ramos, Gabriel (2015), *Minería en Colombia 1500-2011. Una aproximación histórica*, págs. 26 y siguientes, Ediciones Unaula, Medellín.
4. Howe, Walter (1949), *The Mining Guild of New Spain and its Tribunal General*, págs. 490-508, Harvard Historical Studies, Cambridge.
5. Caswell, Lyman R. y Stone-Daley, Rebecca W. (1999), “The Delhuyar Brothers, Tungsten, and Spanish Silver”, *Bulletin for the History of Chemistry*, No. 23. (Ver <http://tinyurl.com/Delhuyar>).
6. Humboldt, Alexander von (1822), *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, Casa de Rosa, París. (Ver <http://tinyurl.com/EnsayoHumboldt>).
7. Oñate, Juan E. (1845), reimpresor, *Reales Ordenanzas para la dirección, régimen y gobierno del importante Cuerpo de Minería de Nueva España, y de su Real Tribunal General. De orden de Su Majestad*, Guanajuato.
8. González-Domínguez, María del Refugio (1984), estudio y edición, “Ordenanzas de la Minería de la Nueva España formadas y propuestas por su Real Tribunal”, Universidad Complutense, Madrid. (Ver <http://tinyurl.com/MariaDelRefugio>).
9. López de Azcona, Juan Manuel (1992), *La minería en Nueva Granada. Notas his-*

tóricas 1500-1810, publicaciones especiales del Boletín Geológico y Minero, Madrid.

10. Palacios-Remondo, Jesús (2011), *Los hermanos Juan José y Fausto Delhuyar Lubice y el aislamiento del wolframio metal*, págs. 190-191, Fundación Ignacio Larramendi, Madrid. (Ver <http://tinyurl.com/PalaciosR>).

11. Restrepo, Vicente (1888), *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*, segunda edición, págs. 306 y 315, Imprenta de Silvestre y compañía, Bogotá. (Ver <http://tinyurl.com/VRestrepo>).

12. Palacios-Remondo, Jesús (1996), *Epistolario 1777 a 1821 de Juan José y Fausto Delhuyar*, Gobierno de La Rioja, Logroño.

13. Valencia-Giraldo, Asdrúbal (2010), compilador, *Tres documentos del coronel de ingenieros Francisco José de Caldas*, págs. 50-77, Universidad de Antioquia, Medellín. (Ver <http://tinyurl.com/AsdrubalValencia>).

14. _____ *Obras completas de Francisco José de Caldas* (1966), págs. 375-382 y 415-429, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. (Ver <http://www.bdigital.unal.edu.co/79/>).

15. Chenu, Jeanne (1992), *Francisco José de Caldas, un peregrino de las ciencias*, págs. 321-330, Historia 16, Madrid.

16. Díaz-Piedrahíta, Santiago (1997), *Nueva aproximación a Francisco José de Caldas*, pág. 319 (ver numerales 74 y 75), Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

17. Mendoza-Pérez, Diego (1909), *Expedición botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de Francisco José de Caldas*, págs. 93-130 de la sección "Memorias científicas de Caldas", Librería General de Victoria-Suárez, Madrid. (Ver <http://tinyurl.com/MendozaPerez>).

18. Gredilla, A. Federico (1911), *Biografía de José Celestino Mutis con la relación de su viaje y estudios practicados en el nuevo Reino de Granada, reunidos y anotados por A. Federico Gredilla*, pág. 397, Establecimiento tipográfico de Fontanet, Madrid.

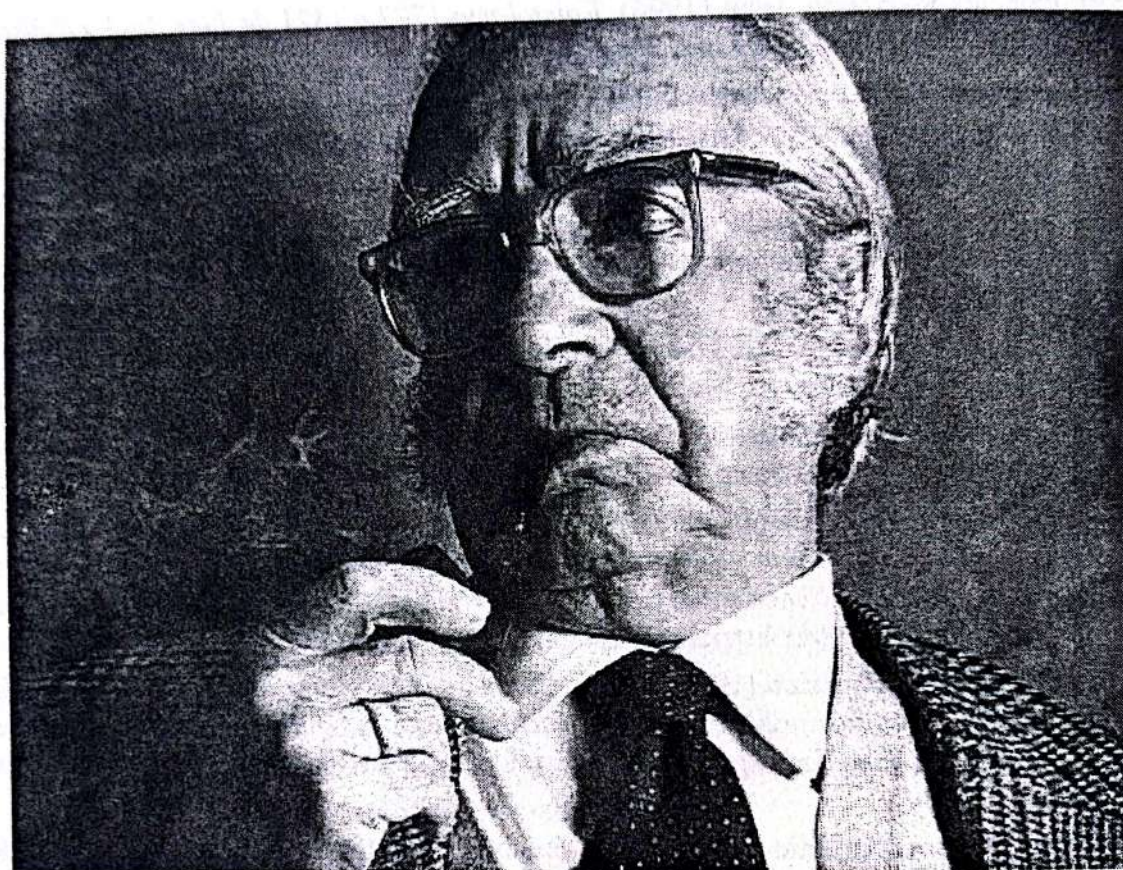
19. Amaya, José Antonio (2004), "Cuestionamientos internos e impugnaciones desde el flanco militar a la Expedición Botánica", pág. 31, nota 5, Anuario colombiano de historia social y de la cultura, No. 31, Bogotá. (Ver <http://tinyurl.com/AmayaJose>).

20. Bateman, Alfredo D. y Arias de Greiff, Jorge (1978), *Cartas de Caldas*, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Bogotá.

(Ver <http://tinyurl.com/caldascartas>).

22. Lozano y Lozano, Fabio (1916), "Biografía de don Jorge Tadeo Lozano", Boletín de Historia y Antigüedades, No. 116, págs. 449-551, en especial pág. 475, Academia Nacional de Historia, Bogotá.

22. Lozano, Jorge-Tadeo y Azuola y Lozano, Luis (1801), "Correo curioso, erudito, económico y mercantil", No. 41, Bogotá. (Ver <http://tinyurl.com/TadeoLozano>).



Ref.: <https://www.partidoliberal.org.co/vernoticia.php?idvar=92>

Jaime Jaramillo-Urbe

Convoy para Henri Corbin

Patrick Chamoiseau

Versión del francés: *Nancy Morejón*

Ahora están abriéndose las rutas

A plenitud

Mientras hablan sobre las energías del archipiélago
Las carnes que aman al continente
(*Son los idiomas cantando*)

*En el creol de los barracones y la lengua francesa amalgamada
como el español amasado en América)*

Es esa fuerza trémula
Esa soledad libre que empuñaba de golpe todas las riberas
conocidas
Todas las estaciones
Todas las posibilidades
Desde el sol de Marsella a los sentimientos de Santo Domingo

Desde las profundidades locales hasta las pasiones
venezolanas
El lugar puesto sin límites bajo la insignia de las Américas

El lugar de la solidaridad

Decía René Char que para un poeta
Son las huellas y no las pruebas lo que le permiten soñar

Amigo

Conocí tu ternura a causa de nuestro sol común

Supe escuchar en el rincón de las confidencias
el canto de las mujeres cautivas

y la más increíble aventura

(pelo alisado y cuchillos de maleante)

Nada exacto o banal en esta vida sometida a la poesía tan pura

¡Te hundías en las sombras y vivías de la luz!

¡Ninguna tumba!

Las tumbas del exilio son tristes, decías

¡Basta de tumbas si hemos vencido al exilio y su
errancia nos pone en Relación!

Justo el relámpago que perdura
y que se renueva
y que se labra así

En nosotros para nosotros
En las exigencias amigables de la intemperie

La ofrenda

Los huracanes de la travesía sobre doce mil raíces

La fragilidad de una presencia que forja su alfabeto

Lo inusitado casi invisible

Lo majestuoso de una Huella

La Habana, 13 de Abril, 2015

Nota de la traductora: El guadalupeño Henri Corbin (1934 – 2015)¹ es uno de los poetas caribeños de expresión francesa más relevantes del siglo XX. Su padre espiritual fue Édouard Glissant. Sus humildes orígenes lo obligaron a realizar en París casi todos los oficios, a pesar de lo cual realizó estudios en Francia. Durante décadas se radicó en Venezuela -una suerte de patria también- y, desde allí, con una vocación latinoamericana indescriptible, logró entablar relaciones entrañables con los poetas de América del Sur. Patrick Chamoiseau, Premio Goncourt por su novela *Texaco* en 1992, entre otras distinciones, lo considera un innovador de la poesía antillana.²

1 Ver Pedro Ureña Rib y Jean-Paul Duviols: *El Caribe*, Santo Domingo, ed. Santuario, 2014, 146 - 47

2 Ver Patrick Chamoiseau et Raphaël Confiant: *Lettres créoles. Tracés antillais et continentales de la littérature (Haïti. Guadeloupe. Martinique. Guyane 1635 - 1975)*, Paris, ed. Gallimard, col. Folio Essais, 1999, p. 181 - 82

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Santa Fe de Bogotá.
Junio 28/92

Muy estimado Carlos Enrique:
Oportunamente recibí su generosa
Carta de 21 del presente en la cual
me acusa recibo de mi libro "se-
le sociología a la Historia". Sus co-
mentarios me estimulan sobre ma-
nera y comprometen una vez más
mi gratitud por los generosos termi-
nos en que ud. se refiere a mi la-
bor de pedagógica e investigativa.

Por favor repando la copia
re' pronto la página manifi-
esta que me solicita. Mien-
tras tanto reciba los más afectuosos
saludos, estendidos a todos los se-
ños, de Jaime Jaramillo Uribe.

P.D. le agradezco muchísimo su invi-
tación a ir a Manizales y a la U. Nat.
por lo pronto tengo aquí muchísimas
cosas que hacer, pero volveré sobre
ello al iniciarse el segundo semestre
de labores. J. J.

Jaime Jaramillo-Uribe

Carlos Gaviria-Díaz, en “Mito o logos”

Carlos-Enrique Ruiz



Jaine Jaramillo-Urbe

Siempre he creído que las ideas son parte fundamental de la vida democrática. No puedo creer que podamos pensar los cambios que reclama la nación sin replantearnos con vigor el sentido de nuestras metas y aspiraciones colectivas. Tengo la convicción de que Colombia necesita pensar la política de otra manera; ejercerla a través de los medios de civilización y respeto que la humanidad entera busca anhelante. La ética, o, para decirlo de otra manera, la decencia pública, no es un adorno o sortilegio de la vida, sino que, por el contrario, expresa las realizaciones de la virtud ciudadana y la fuerza de la democracia, viva, actuante y participativa.

Carlos Gaviria-Díaz

Personalidad liberal en el más riguroso de los sentidos. Librepensador, formado en las disciplinas del estudio y la reflexión, con acendrada vocación académica. Pensador con erudición de fácil compartir. Sus más hondas preocupaciones: la justicia y la libertad. Por circunstancias de su formación y profesionalismo fue a dar a la Corte Constitucional donde lució sus condiciones de libre examen, con liderazgo de sentencias históricas que todavía tienen pensando al mundo en temas cruciales de la eutanasia, el consumo de drogas alucinantes, la libertad de expresión, entre otros.

Su libro: "Sentencias – Herejías constitucionales" recoge esas contribuciones suyas (Ed. Fondo de Cultura Económica, Bogotá 2002; 453 pp.)

Sus criterios rectores como conciencia jurídica de la nación han sido, de manera imperturbable, dos: "Nadie por encima de la ley" y "La igualdad es la base de la justicia".

Como defensor de los derechos humanos le tocó salir a duros años de exilio, y llega a la política como formador de condiciones para la honradez, los comportamientos decentes, la elaboración de principios para el ordenamiento de la sociedad con la participación de la ciudadanía. Y llegó al Senado de la República, donde su voz de sabia racionalidad no fue siempre debidamente oída. También su liderazgo de conciencia ética y jurídica, con sentido social, lo conduce a ser candidato a la presidencia de la República, por partido que contribuyó a integrar como alternativo a lo perniciosamente dominante. Pero las condiciones en esos ámbitos le generaron más desgaste que retribuciones alentadoras. Y ahora se encuentra de nuevo dedicado a la Academia, como es apenas natural por su vocación de estudio y meditación, con llamados permanentes de universidades de Colombia y otros países para nutrirse de su sabiduría.

Su pasión es Sócrates que ha asimilado con rigor, hasta distinguir en los Diálogos de Platón aquellos en los que Sócrates es como es, por desarrollarse siempre en términos de la duda, con interrogantes continuos, desmontando el saber autoconvencido de autoridades atenienses. Su reciente libro: "Mito o logos – Hacia *La República* de Platón" (Ed. Luna Libros, Universidad del Rosario, Bogotá 2013; 136 pp.), es un propio rescate de sus notas en el exilio, con anuncio de un segundo volumen. Tuvo como antecedente la justificación de año sabático concedido por la Universidad de Antioquia, en 1987, para desarrollar investigación sobre "Saber, virtud y poder en Platón". Proyecto interrumpido por el asesinato del doctor Héctor Abad-Gómez, presidente del comité de derechos humanos de Antioquia, el 25 de agosto, del cual Gaviria era su vicepresidente. Con urgencia va a Buenos Aires al exilio y a pesar de las angustias y desasosiegos, se dedica a estudiar, concretando la escritura de este libro concebido "para quienes se acercan al pensamiento filosófico con espíritu lúdico y gozoso". Libro que apenas ahora ve la luz, puesto que el autor tuvo agitados paréntesis de magistrado, senador, candidato presidencial, con ajetreos de la política que le dejaron inocultables desazones. En él rastrea los pensadores y obras, con visión de camino, que en lo fundamental dan origen a la obra de Platón.

Los títulos de los cuatro capítulos que lo integran son realmente seductores: 1. ¿Mito o logos? Primera encrucijada del espíritu; 2. Contempla-

ción del ser o esclarecimiento de su senda: ¿un dilema inexorable?; 3. Del cielo a la tierra, y 4. Claridad e integridad: una pasión y una meta. En el primero se pasea, en cuatro apartados, con meditación, a partir de considerar la pregunta como anuncio del espíritu, con la claridad en la urgencia que se tiene por comprender y explicar tantas cosas que involucran al ser humano. En esta ambición nos vemos compelidos a dos caminos: uno sin límites, y el otro el de la discreción o la medida, con el marco en verso de Hölderlin: “El hombre es un rey cuando sueña y un esclavo cuando piensa”. De este modo aparecen como opuestos, pero no siempre, la fantasía y la razón, el mito y el logos, incluso concibe el autor ocasiones en que se encuentran fusionados. Se trata de la dicotomía de Platón manifiesta en el lenguaje.

En los comienzos del pensar, la poesía es la expresión, como antesala de la filosofía. Acude a Hesíodo para recordarnos su intención de buscar la verdad, descubriéndola, para mejorar la condición humana, hacia comportamientos de dignidad y labor. Y se remonta a Homero, ubicado en el mito, como “esencia perenne de la poesía”. Advierte que el paso del mito al logos se dio con la *filosofía milesia*, por la manera como reivindican la razón a partir de observar con ahínco la naturaleza. Pasan por sus consideraciones Diógenes Laercio, Tales de Mileto, Anaximandro, Anaxímenes, Pitágoras... En Anaximandro encuentra el salto de la poesía a la prosa, con anticipo venturoso en la relación lenguaje y pensamiento, que le abre camino a la ciencia.

Con Pitágoras, influenciado por culturas orientales en especial de Egipto, se inaugura el sentido riguroso de Escuela, el “pitagorismo”, con desarrollos en la ética por medio de la purificación (*ascesis*), la gimnasia y la música, para amortiguar la sensualidad y exaltar el espíritu. Influencia decisiva en Grecia, con expresión inicial en Platón. Pitágoras adivinó, por azar, que la Tierra es redonda, al estimar que sería lo pensable puesto que la esfera es la forma más perfecta, mientras que Tales y Anaxímenes la veían como un disco flotante y Anaximandro como un cilindro o tambor.

Los pitagóricos se consagraron en la historia de la cultura por su dedicación a la matemática, con base supersticiosa al estimar que el número es la base o esencia de todas las cosas, al observar la armonía que debe reinar en el mundo, interpretable con expresiones matemáticas, sobre bases en estudios de la música vinculados a la moral.

Esas dos vertientes de mito y logos, vienen a dar en Platón, a quien Gaviria identifica como “poeta sensitivo tan ávido de logos”, o como un “converso y duro racionalista”, “nostálgico de la fantasía insumisa”.

En el capítulo segundo, con ocho apartados, Gaviria explora el tema del ser y de la senda, con detenimiento en Parménides y en Heráclito de Éfeso.

Destaca en ellos la preocupación por el “saber riguroso”, guiados por la intuición, a través de tanteos, confiados en la experiencia pero sin darse cuenta de lo que buscan ni a donde llegar, por lo cual suelen desacertar, ubicándose más en la metafísica, a pesar de la intención en lo físico. La actuación de Parménides, cabeza de la escuela eleática, le parece singularmente memorable y al relacionarlo con los jonios usa una expresión común que ubica en forma debida los respectivos campos: “a los jonios les interesaban los árboles y a Parménides el bosque”. El tema de preocupación central de Parménides es el *Ser*, que aborda con solemnidad y aproximación mística, con recursos en la poesía, en conjunción expresiva de esta y del mito. El método usado toma lo descubierto por la razón pero para convencer a los demás apela a los dioses como portadores de la verdad. Gaviria recuerda que este proceder es dogmático, por cuanto subordina la razón al mito. Auncuando destaca que Parménides tuvo la lucidez de concebir que para llegar a la verdad es indispensable elegir muy bien el camino.

Karl Popper en su célebre conferencia sobre los Presocráticos (1958) atribuye a Heráclito el haber anticipado a Parménides al distinguir entre realidad y apariencia. Y le reconoce intuición extraordinaria al concebir que las cosas son procesos y que las personas son llamas. Valora a Heráclito como el mayor y más audaz pensador entre los Presocráticos.

Gaviria señala a Parménides como el primer pensador que asume el problema fundamental de la lógica, pero que al identificar el *pensar* con el *ser* disuade la lógica en ontología. Resalta que Parménides finalmente es consecuente, puesto que procede acorde con su prédica, al saber que se consigue persuadir si la verdad es la que se enseña. Y destaca la manera como anticipa la dicotomía platónica de mundo sensible/ mundo inteligible. Es de recordar que la poesía en Parménides es un recurso formal de cierto esplendor, pero carente de emoción, por cuanto lo entretiene o distrae la lógica.

En contraste con Parménides, Gaviria acude a Heráclito de Éfeso, un tanto críptico, con predilección por el lenguaje que lleva a interpretar de una cierta manera la convergencia entre filosofía y poesía. Auncuando la forma de expresión de Heráclito es la prosa, la emplea con emoción, dolor y gozo. Su talante es la del esteta que utiliza el recurso sensible para convencer, no despojado de ironía, desprecio y sátira, con el objetivo de moralizar. De recordar el generalizado conocimiento en la expresión de Heráclito: “No es posible ingresar dos veces en el mismo río”. En Parménides el movimiento es ilusión. Gaviria ubica a Parménides como metafísico y a Heráclito de moralista. Heráclito llega al devenir, Parménides al ser. En Heráclito el mundo es sensible y en Parménides el mundo es inteligible.

En Heráclito encuentra Gaviria cierta relación con Pitágoras, por cuanto

desliga la ética de lo divino y místico, actitud que luego es asumida por Platón en especial en el diálogo “Eutifrón o de la piedad”. Y se asoma a Heidegger con esa reminiscencia, citándolo: “los dioses de los griegos nada tienen que ver con la religión”. Y a su vez Gaviria redondea la idea al decir: “La divinidad heraclítea es demasiado fina para dejarse asimilar al mito y excesivamente racional para ser religiosa.” Salta a recordar que en Platón ética y política no tienen separación alguna (idea tan lejana a los acontecimientos perniciosos de hoy), en quien se da un gran aparato teórico para formular un propósito magno: un Estado justo donde todos los seres humanos puedan ser felices.

Este estudio le sirve a Gaviria para atisbar en sus orígenes el “sentido ético de la ley”, la “existencia de normas que prescriben conductas honestas”, con el ejercicio de vida que lo ha identificado, al entender y ejercer la ética en tanto estética, dos campos inseparables.

El tercer capítulo, “Del cielo a la tierra”, de diez apartados, comienza con epígrafe de Protágoras de Abdera, quien asegura no poder saber acerca de la existencia de los dioses, por lo oscuro del tema y por la brevedad de la vida. Recuerda Gaviria que con Parménides se inicia la ontología y que Heráclito consigue articular con racionalidad, como hazaña, el ser humano y el universo. Y deja establecida en la cosmovisión pitagórica el ser humano como sujeto moral, sin dejar de lado lo supersticioso.

Destaca el gran salto que fue el haber subordinado los sofistas el mito al logos, en tanto lección asumida de los jonios. Identifica en los sofistas los temas centrales de su trabajo: individuo y sociedad, lo político en la coexistencia, el pensamiento como progreso, el poder implícito de la palabra, la educación como factor de perfeccionamiento, la capacidad humana en la transformación de la *polis*. Gaviria encuentra que Sócrates asume ese conjunto de factores enunciados por los sofistas, pero cuestionando las respuestas que dieron. Cita a Cicerón para aseverar que Sócrates hizo de la filosofía un bien terrestre, con ámbito en las ciudades, hasta conseguir que fuese motivo de diálogo en las familias y elemento indispensable para indagar sobre la vida y la moral, el bien y el mal.

Gaviria se ocupa de desentrañar quiénes eran los sofistas, a sabiendas que Platón los trata de manera despectiva, no sin develar aspectos valederos en medio de la manipulación. Antes de Platón aquella denominación aludía a personas instruidas y prudentes. Platón identifica a los principales integrantes de los sofistas: Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontini, Hipias de Elis y Pródico de Ceos. Y nombra otros de menor relieve, por la alusión que hacen de aquellos como maestros: Calicles, Polo, Eutidemo y Trasímaco. Los sofistas tuvieron un objetivo común: enseñar la virtud. Serio asunto que da pie a Platón para criticarlos de manera implacable (“no

siempre impecable", anota Gaviria) y de esa manera aprovecha para hacer suya la filosofía de Sócrates.

Gaviria se pregunta por el sentido y validez de *enseñar la virtud*. O, en otros términos, qué es lo que hace mejores a las personas. Para dar respuesta alude a la contraposición de las expresiones *techné* y *areté*. La primera, con el sentido de conocimiento y habilidades en una profesión, que por su naturaleza son practicables y transmisibles en la enseñanza. La segunda expresión, *areté*, es la virtud, que Homero había usado para denotar la *excelencia humana* y la superioridad de otros seres. El pensamiento arcaico atribuye la virtud como propia de quienes descienden de los dioses, o de la divinidad y, por consiguiente, no accesible a la gente del común. Acude a Protágoras quien trata de definir lo enseñable en la *areté*: la prudencia y la perfección, que son virtudes, con lo cual se cae en especie de círculo. Entonces para explorar qué es lo que puede enseñarse como virtud, en la pretensión de los sofistas, Gaviria acude al *Gorgias*, diálogo en el que Sócrates quiere saber qué es lo que saben y enseñan los sofistas, para finalmente dar la respuesta: los que saben y enseñan es el *arte oratorio*. Y contrapone las respuestas que le dieron a Sócrates tanto Polo como Gorgias, el primero con evasión y ambigüedad, y el segundo con precisión.

Gaviria en este momento de su indagación establece como avance que "los hombres son mejores cuando saben cómo tratar a las personas que de ellos dependen y qué hacer con los bienes que están bajo su cuidado".

Pasa Gaviria a dilucidar en un contexto democrático la manera de acceder al desempeño de funciones públicas por medio de la persuasión, para asegurar el buen destino de la *polis* que es el compromiso del estadista. Gorgias asegura que la capacidad de persuadir mediante la palabra es el supremo bien. Y se llegará al poder por consenso de los ciudadanos sólo en la democracia. Pero resulta que es posible persuadir en lo que no sea verdad. Al ser los sofistas eruditos y no científicos, la búsqueda de la verdad no es lo que los apasiona. Situación que aprovecha Sócrates para afrontar como adversa la retórica.

De este modo se llega a precisar que lo enseñable como virtud por los sofistas es más bien algo que obedece a las leyes de la retórica, que corresponde al campo de la *techné*.

Gaviria valora a los sofistas por la *racionalidad humanista*, por la *actitud heterodoxa* y el *escepticismo intelectual* que representan y por haber sido "cosmopolitas y modernos". Además les adjudica el haber tenido mucho que ver en el origen de la idea occidental de Cultura, justo al haberse proclamado maestros de la virtud, y no de una *techné* cualquiera.

El capítulo cuatro y último, "Claridad e integridad: una pasión y una meta", lo dedica a la gran pasión de su vida: Sócrates, en diez apartados. De entrada cita a Sócrates en su defensa: "¡Dichoso yo, si supiera lo que otros no vacilan en creer que saben! Pero no sé nada, atenienses, y ante vosotros me presento desnudo y sin los adornos de una mentirosa certeza." Gaviria estima, con razón, que la vida de Sócrates es un *suceso estelar en la historia del espíritu*. Se le condena a muerte bebiendo la cicuta por dos acusaciones infamantes que los enemigos le hacen: por *no reconocer* a los dioses oficiales, es decir, impío, y por *corromper* a la juventud. Acusaciones que afronta con valentía y racionalidad, pero sin surtir el efecto deseado de ser declarado inocente. Ante el "Tribunal de los 500" que lo juzgan, Sócrates compareció con serenidad y humildad, al esgrimir su pobreza como testigo. Jenofonte lo calificó como "el más sobrio y el más casto de los hombres". Bertrand Russell lo identifica de persona muy segura de sí misma, de elevada inteligencia, indiferente al éxito mundano, persuadido de que la claridad de pensamiento es requisito para vivir con rectitud.

La singularidad de Sócrates, dedicado por completo a pensar y hablar, lo hacía reconocer como persona sabia pero al margen de las muchedumbres, muy diferente al común de los mortales.

Sócrates fue devoto de los dioses de Atenas, en especial de Apolo, con lo cual se aprecia la falsedad al acusarlo de impío. Además era profundamente respetuoso de los demás en sus creencias y costumbres. Pero su condición reflexiva rompía el sosiego de las mentes agraciadas con lo establecido. En su exaltación de los dioses utilizaba alegorías o metáforas, lo que ocasionó endilgarle la creación de otros dioses, tal los casos de sus alusiones al *daimon*, o al *genio*, o al *trueno*.

Gaviria acude a referenciar las dos versiones conocidas de la Defensa de Sócrates: la de Platón y la de Jenofonte, distintas pero coincidentes en los aspectos fundamentales. Asimismo identifica en Heráclito el antecedente de la idea socrática de *daimon*, y recupera una línea entre ambos pensadores. Incluso acude al testimonio de Diógenes Laercio, quien recoge lectura hecha por Sócrates de Heráclito, con la apreciación de haber dicho que lo entendido por él es muy bueno.

Hay un hecho que reivindica Gaviria: Sócrates es temible para la democracia en Atenas por tratarse de pensador en extremo racional, siendo considerado de mentalidad crítica, sin capacidad alguna para aceptar lo establecido sin el debido discernimiento. El autor resalta, al concluir uno de los apartados: "Sócrates era un gran hombre, pero los atenienses constituían un gran pueblo."

Gaviria llama la atención sobre lo nefasto que ha sido en la humanidad remplazar el saber por la creencia, es decir, el *logos* por el *mito*, que se dio

incluso en Atenas. Y llega a cuestionar "Las nubes" de Aristófanes, por haber hecho de Sócrates una caricatura cruel, un contraventor de supuestas costumbres sanas, maestro de majaderías, ducho en hacer triunfar malas causas, pero explica esa obra por tratarse de una comedia que busca apoyo en la realidad para hacer sátira.

En últimas, Sócrates se hizo incómodo para el poder reinante por su método de abordar los temas esenciales, con el diálogo de libre examen, con interlocutores de toda condición, así fuesen transeúntes ocasionales o personalidades consagradas en la sociedad. Ante afirmación categórica del interlocutor, Sócrates revertía con la duda por medio de preguntas, y así sucesivamente hasta dejar al otro sin el advertido sustento en seguridad de las expresiones y las ideas. Gaviria redondea su comprensión de Sócrates al aceptar que la actitud racional de este fue de riesgo para la democracia en Atenas, puesto que todo lo sometía al análisis de la razón, incluso lo sagrado. Y asevera Gaviria, al término del libro, que Sócrates llevó a un grado superior la actitud precursora de los sofistas, para dar mejor cimiento a la democracia en tanto favorecedora del *logos* y su consecuencia, la *virtud*.

Popper en la referida conferencia establece que en la escuela jónica, y en general en los Presocráticos, se inventó la tradición crítica o racionalista, la cual se perdió durante dos o tres siglos, a partir de la doctrina de la *episteme*, de Aristóteles, relativa al conocimiento cierto y demostrable, con la ventaja de haber brotado en el Renacimiento, en especial gracias a Galileo Galilei, y en el siglo XX con Albert Einstein.

"Mito o logos – Hacia *La República* de Platón" es bello y oportuno libro en estos tiempos tan faltos de mirar la historia sin pasión ni ortodoxia, para recordar, en especial, a los Presocráticos como creadores del pensamiento crítico, con intuición y audacia, en libertad, a riesgo de la vida personal, soportes que fueron de lo más valedero en la cultura de Occidente.

Manizales, en Aleph, a 05.IX.2013

Mis tutor por su buen hacer pa-
sonal y el de los suyos.

Afirmo asimismo,
Luis Fernando Llorente.



Notas

La revista cultural Aleph cumple 50 años (por: Darío Valencia-Restrepo). Cuando una revista colombiana de cultura se apresta a cumplir 50 años de continuas ediciones trimestrales, siempre con rigor en los campos del pensamiento, la literatura, las humanidades y las artes, casi habría que calificar el acontecimiento como un milagro editorial. Sobre todo en una época caracterizada por la atonía moral, la frivolidad y la ligereza, la abundancia de información superficial, la cultura como espectáculo y no como estimulante de un nivel superior de conciencia.

La revista Aleph nace en 1966 en la sede Manizales de la Universidad Nacional de Colombia, caracterizada por congregar expresiones científico-técnicas y humanísticas, al amparo del naciente Departamento de Extensión Cultural de la misma institución. Más adelante, la revista se centra en expresiones humanísticas, con vinculación estrecha al ámbito académico. Como desde temprano dejó de ser órgano institucional, su destino desde entonces quedó bajo la

responsabilidad de su fundador y siempre director, así como de quienes por el camino le han brindado sus esfuerzos solidarios.

Son varios los antecedentes y las circunstancias que favorecieron la fundación de Aleph. Habría que señalar el nuevo clima creado entonces por la modernización y el desarrollo cultural impulsados en la Universidad Nacional por el rector José Félix Patiño y, muy en especial, la brillante gestión directiva del ingeniero y arquitecto Alfonso Carvajal Escobar, un decano que consolidó la sede Manizales y la llevó a ocupar una posición importante en la región y en la propia Universidad.

También debe destacarse el ambiente propicio creado por los efervescentes años sesenta, una década de intensas transformaciones de diverso orden, bien descritas por

Álvaro Tirado-Mejía en su libro *Los años sesenta. Una revolución en la cultura*. Y como antecedente local, no debe olvidarse la tradición literaria de

Manizales, manifestada en numerosas revistas publicadas a lo largo de la primera mitad del siglo XX, en tanto que como antecedente nacional preciso es mencionar la fuerte influencia de la revista *Mito* (1955-1962), por cuyas páginas desfilaron grandes de la cultura nacional en literatura, filosofía, ciencias sociales, artes plásticas.

La revista ha presentado un buen número de ediciones monográficas, como las dedicadas a la cultura en España, Israel, México y Argentina; igualmente, sobre personalidades como Miguel de Unamuno, Alfonso Reyes, Fernando Pessoa, Michel de Montaigne, Fernando Charry Lara, Rafael Gutiérrez Girardot, Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez; o con respecto a obras como *El Quijote*; y sobre temáticas como “Los intelectuales y el poder”, “La educación por el arte”, “La Justicia”...

Del mayor interés ha sido una sección frecuente, denominada “Reportajes de Aleph”, por donde han pasado entrevistas exclusivas del director con, entre otros, Juan Rulfo, Dámaso Alonso, Mario Benedetti, Juan Friede, Ernesto Guehl, José Luis Cuevas, Leopoldo Sédar Senghor, Eduardo Carranza, Germán Arciniegas, Rafael Gutiérrez Girardot, Germán Pardo García, Oswaldo Guayasamín y Emma Reyes.

Como dice su director “...nunca *Aleph* se detuvo en lo meramente local o regional; se quiso al principio asumir la “cultura universitaria”, expresión un tanto indefinible, involucrando ciencia, técnica y humanismo. Sin olvidar expresiones de lugar, ha estado desde el origen abierta al mundo y a la historia, sin ad-

hesiones ideológicas.”

Con ese espíritu, la Universidad Nacional de Colombia creó la “Cátedra Aleph”, y designó regente al director de la revista, para proyectar en nuevas generaciones las experiencias acumuladas en la vida de la publicación. Con la participación de estudiantes de diversos programas académicos, hasta el momento se han realizado 27 versiones sobre literatura, pensamiento y arte.

Gratitud merece el director Carlos-Enrique Ruiz por la meritoria y dilatada contribución que *Aleph* ha hecho al estímulo y difusión del pensamiento y la cultura. Debe calificarse de hazaña casi insular la publicación continua de 175 números a lo largo de 49 años. Basta analizar el índice de la revista por autores y artículos (ver www.revistaAleph.com.co/indices.html) para darse cuenta de la originalidad y calidad de la publicación. (Ref.: periódico “El Mundo”, Medellín, 8 de noviembre de 2015)

Presentación del libro *Aire y Agua, Palabras que no Pesan*, de Andrés Calle-Noreña (por: David Deferrari). La vida es un hilo frágil en el que vamos ensartando nuestras experiencias diarias, nuestras emociones y algunas, maravillosas epifanías. Encuentros casuales con otras almas que nos conmueven y enriquecen. En *Aire y Agua, Palabras que no Pesan*, Andrés nos invita a compartir muchas de sus encuentros y experiencias de vida, cambiantes como las nubes que ilustran su libro.

Porque Andrés también va cambiando: primero es el niño alegre que crece en la casi mítica Santa Rosa de Osos, con su

ritmo campesino, sus oraciones y procesiones de Semana Santa. Luego es el joven rebelde, dispuesto a salvar al mundo y merecedor de la furia de los Caballeros del Santo Sepulcro quienes lo definen como “uno de esos que nunca trabajan, hay que mantenerlos, son comunistas, ateos, andan con indios, fuman mariguana, se arrejuntan, usan sandalias, son barbados y llevan la contraria”. Y ahora, aquí lo tenemos, formal y encorbatado, ilustre profesor de semiótica, ética, estética, política y otras esdrújulas.

En anécdotas mínimas y en ensayos más profundos que vale la pena leer más de una vez, Andrés nos sugiere con su don de palabrero que exploremos qué es aquello que podemos escoger y qué no nos es dado elegir para ensartar en el hilo frágil de nuestras propias vidas, qué es lo que nos toca y qué es lo que no nos llegará, a qué cosas nos apegamos, todo ello semioculto en la niebla de nuestro azar personal.

Ese azar personal que hace que, a veces, tengamos una teofanía en medio de lo cotidiano. Santa Teresa escribía que “Dios se encuentra entre los pucheros”. Que nuestros actos domésticos, pues, nuestra intimidad no responda entonces a gestos copiados de la civilización del consumo, sino que en ellos reinventemos las costumbres, lo tradicional; que seamos creadores y contribuyamos a un mundo más habitable.

Todo lo que les pasa a los hombres le importa a Dios, dice Andrés, y aunque Él sea un desconocido, como para los discípulos de Emaús, si nos dedicamos a hacer felices a nuestros semejantes, reflejaremos uno de los rostros innumera-

bles de la Divinidad.

Confiemos en que al leer estas páginas de Palabras que no Pesan, cada uno pueda a su leal saber y entender identificarse con quien, sin apartar la mirada del cielo y de las formas cambiantes de las nubes que lo adornan, sabe seguir con los pies sobre esta tierra, a veces madrastra abrupta, a veces madre fecunda y dulce.

Atesoremos esas palabras, porque no se vuelven reclamos ni juicios. Palabras para los amables, para quienes siempre haya memoria y gratitud. Para quienes son siempre bienvenidos a nuestra casa y nuestra mesa, a compartir lo que tenemos. Amen, que así sea. (Auditorio, BanRepública, Manizales, 3 de noviembre de 2015)

“Don Arnoldo”, con Saily (por: Álvaro Castillo-Granada, escritor y librero de “Sanlibrario”, Bogotá). Hacía unos pocos días había quedado desempleado, después de trabajar durante 10 años en dos librerías que ocuparon, con distinto nombre, el mismo local: el 107 P del Centro Granahorrar. No era, realmente, la mejor época para estar mirando libros por ahí. Y, al mismo tiempo, si lo era. No tenía claro qué iba a hacer de mi vida a partir de ese momento. Llevaba 10 años como empleado y me enfrentaba, por primera vez, a la realidad de no tener un salario y empezar de nuevo. Decidí darme un mes sabático mientras dejaba que mi cabeza diera vueltas y vueltas hasta que decidiera mirar en una sola dirección para poder reanudar el camino. No es que estuviera perdido del todo, por supuesto. Siempre he tenido

claro lo que quiero y pretendo ser: un librero. Eso. Lo que pasaba es que no veía la senda por la cual volver a marchar. No reconocía mis "marcas en la brecha".

Esa mañana del 27 de abril de 1998 entré a una librería y me quedé mirando la mesa de descuentos: la que tiene los precios escritos. Así no hay posibilidad de conflictos ni malentendidos.

Un lomo ajado y con algunas letras borradas me llamó: "Arnoldo Palacios Las estrellas son negras 19"

Lo tomé sutilmente para que no fuera a terminar de borrarse. Miré la carátula de color verde con una ilustración, en blanco y negro, de Alipio Jaramillo. Era ese: el libro del que alguien me había hablado, el del escritor chocoano que vivía en Francia desde hacía 49 años. La primera edición de *Las estrellas son negras*, publicada en Bogotá por la Editorial Iqueima en 1949. La primera novela de Arnoldo Palacios.

Lo abrí. En la segunda página tenía escrita una dedicatoria del autor: "A Francisco Villaveces López, un trabajador por la cultura nacional, un guardador del fuego; aquí un recuerdo de Arnoldo Palacios Bog. 27 de junio 1949".

Pagué el precio que decía (no, no pedí rebaja, cosa rara...) y me fui, con él en mi mochila, camino a mi casa siguiendo el rumbo de dos rectas: una hacia el oriente y la otra hacia el norte.

Lo devoré de una sentada: sin pausa, sin tregua, como sólo se pueden leer ciertos libros que salen del alma del autor y llegan a lo más profundo de la nuestra. Como si los hubieran escrito para noso-

tros. Solo para nosotros. Una conversación entre dos, desde las entrañas. No sólo me conmovió la historia de Irra y Nive, sino que, también, me impresionó la destreza en el manejo de la oralidad y, por sobre todas las cosas, la tremenda modernidad que irradiaba ese texto. Es una novela que puede ser leída en cualquier tiempo sin dejar que el lector pueda apartarse de ella, ni sentirse apelado, conmovido e intrigado. ¿De dónde viene esta novela que no puedo olvidar? ¿De dónde viene este escritor que no había escuchado nombrar antes? Es una novela que se instaló en el tiempo del mito. Un eterno retorno. Un eterno presente.

Por esos días Arnoldo Palacios vino a Bogotá, invitado por el Ministerio de Cultura para recibir el Homenaje Nacional de Literatura junto a Darío Achury Valenzuela, Elisa Mújica y Héctor Rojas Herazo (a los dos últimos tuve, también, el inmenso honor y privilegio de conocer y tratar).

Por el periódico me enteré que el 3 de junio iba a estar en la Universidad Central, junto a Isaías Peña Gutiérrez, dando una lección conversada en la inauguración del XVI Taller de Escritores.

Allá estuve, muy puntual, en la última fila del auditorio.

Fue una charla prodigiosa, maravillosa, entrañable, llena de sabiduría y afecto.

Dos cosas me impresionaron ese día: su risa amplia, franca, total y la manera con que saboreaba las palabras cuando hablaba (sólo había conocido otra persona así: el profesor Howard Rochester). Gozaba contando. Gozaba hablando.

Cuando terminó la conversación me acerqué (como de costumbre) para pedirle que me firmara el libro. Tuve que esperar un buen rato pues una multitud de admiradores lo rodeaban. A cada uno de ellos, no importaba si llevaba libro o no, le prestaba atención, se la daba, como si no existiera el tiempo y estuvieran conversando a la sombra de un árbol o meciéndose en unos sillones. Cuando llegó mi turno le extendí mi primera edición de *Las estrellas son negras* y le dije:

-Don Arnoldo, ¿puede dedicármelo, por favor?

Fue en ese momento, en ese instante, en que empecé a llamarlo "Don Arnoldo". Jamás le volví a decir de otra manera. ¿Por qué decirle "Don" a alguien que lo que menos hacía con los demás era establecer una distancia, un abismo aparente de respetabilidad o señorío? Me lo pregunto ahora que regresé de la funeraria a donde fui a despedirme y decirle "Buen descanso, Don Arnoldo. Gracias por todo. Hasta siempre, compañero" porque ayer, doce de noviembre de 2015, me llamó al celular José Luis Díaz-Granados, mi amigo, para decirme con voz entrecortada que Arnoldo Palacios, Don Arnoldo, se había muerto.

No podía dejar de decirle "Don" a alguien que transmitía, al mismo tiempo, cercanía, clase, elegancia, honor, dignidad, amabilidad, generosidad y señorío. Muy pocos hombres transmiten esto. Es algo parecido a la certeza, al asombro, a la verdad. Algo que se siente y no puede ser de otra forma. Se sabe.

Todo esto me lo reveló Don Arnoldo desde el primer momento. Y lo asombroso es que esta certeza no me alejaba

sino me acercaba. Me hacía sentir un igual, un par, un amigo, un compañero.

-¡Pero si esta es la primera edición! Yo no la tengo. La perdí. Te propongo algo: te la cambio por 10 ejemplares de la nueva edición del ministerio, me dijo abriendo los ojos y los brazos como si intentara abarcar la distancia que hay entre París y Cértegui. Sonriendo con todo el cuerpo. Sonriendo.

-Le propongo otra cosa mejor: yo le prometo, le doy mi palabra, que se la voy a conseguir. No se preocupe. Este ejemplar es muy importante para mí. Yo soy librero y sé que me volverá a llegar. Yo se la voy a regalar.

Y nos estrechamos las manos en un apretón que era un trato.

Hablamos un rato sobre la novela, la literatura y su vida (que eran y son la misma cosa).

Me escribió: "Para Álvaro Castillo gran lector y por ende gran amigo de quien escribió estas páginas sangrantes de dolor y repletas de alegría dentro de la existencia y frente al futuro permanente. En recuerdo de este encuentro en la Universidad Central. Santafé de Bogotá 3 de junio de 1998".

Este primer encuentro empezó a dibujar, de manera extraña, una historia que hizo que continuáramos encontrándonos cuando venía a Colombia. Algo muy parecido a la complicidad: la certeza de que podíamos vernos para conversar.

A él ha sido al único escritor que le he pedido que me re-dedique un libro. ¿Por qué? No sé. Tal vez como una manera de homenajearlo y celebrar, al mismo tiempo, la vida que nos daba la oportunidad

de encontramos otra vez. Me lo volvió a dedicar cuatro veces más:

La segunda: "Amigo Álvaro, aquí agrego otro testimonio de cariño y admiración por el poeta y propagador de la palabra, 7 años después. Bogotá, 24 de febrero de 2005".

La tercera: "Qué gusto hacerte este nuevo regalo de mi firma al amigo-hermano Álvaro con todo cariño. Bogotá, 26 de agosto de 2009".

La cuarta: "Para Álvaro Castillo Granada para la 4ª. edición de este libro, mejor dicho, mi cuarta dedicatoria, con gran orgullo del amigo. Bogotá, 17 de enero de 2012".

La quinta: "He aquí la 5ª. de esta dedicatoria en este ejemplar, dedicado como recuerdo de un admirador fiel de nuestra amistad. Mi abrazo. Mayo 22 de 2014".

Los encuentros/reencuentros se sucedieron en diferentes lugares a lo largo de dieciséis años. A la librería vino dos veces, acompañado de sus sobrinos Saily y Eloy (quien partió antes que él). Alguna vez le mandé por correo alguno de los textos que escribo y me dijo que yo era un poeta. Afirmación que desmentí inmediata y tajantemente, como corresponde.

En el 2000, por fin, apareció otro ejemplar de la primera edición de *Las estrellas son negras* que empaqué inmediatamente para que volara por correo certificado a París. Y allá llegó. Cumplí mi promesa.

Hablando de regalos librescos otra vez tuve el privilegio de regalarle un ejemplar de *Cuentistas colombianos*, antología de narrativa que publicó Gerardo

Rivas Moreno en las Ediciones El Estudiante, el 25 de mayo de 1966. Ahí está un cuento suyo: "Entre nos hermano".

Me escribió: "Homenaje del amigo a Álvaro Castillo por haberme ofrecido otro ejemplar de este libro y edición ya agotados. Santafé de Bogotá, 22 de octubre de 1999".

Una de esas mañanas en que fui a visitarlo le mostré como una curiosidad las fotocopias de unos artículos suyos que había encontrado en el semanario *Sábado* durante la pesquisa que me encomendaron para buscar los artículos que Héctor Rojas Herazo había publicado allí.

"¡Cuando yo empezaba!", fue lo que exclamó cuando los vio. Algunos los recordaba nítidamente. Era como si el tiempo no hubiera transcurrido. Todo estaba ahí en su memoria. Otros no. Me los extendió y añadió con una sonrisa cómplice:

-Pero yo escribí más...

-¿Más? Y le propuse suicidamente: "Don Arnoldo, ¿a usted no le gustaría que hiciéramos un libro con estos artículos?"

Dijo de inmediato que sí. El título fue lo que llegó primero: "Cuando yo empezaba", por supuesto.

Volví a sumergirme durante meses en los años 1944-1949 de *Sábado*. Encontré quince textos. A estos se le añadieron comentarios sobre su obra publicados en esas fechas, y tres textos posteriores que conversaban entre sí y entre todos. La ayuda de Saily fue permanente: se encargó de mantener la comunicación por correo electrónico y la revisión y corrección de los originales. Patricia Fore-

ro también brindó su mano en la traducción del francés al español del texto "La marca de hierro". Hasta cuando el 20 de enero de 2009, día de su cumpleaños ochenta y cinco, apareció *Cuando yo empezaba*, publicado por Ediciones San Librario, en una edición de 150 ejemplares numerados, diseñado en Santa Clara (Cuba) por Leonardo Orozco.

La mañana en que recibió el primer ejemplar de su libro fue maravillosa. Desayunamos patacón. Tomamos tinto. Brindamos con vino. En un momento me dijo casi en secreto: "Lo mejor de este libro es que lo hicimos entre todos. Es una obra de todos". En la primera página del libro me escribió: "Para Álvaro Castillo Granada ¡Lo inusitado! Al poeta y escritor, amigo íntimo del hombre, mi amigo, este libro que él ha reunido con mis páginas sueltas de mis comienzos y que me revelan a mí mismo a mi escritor. Ha llegado esta edición como mensaje de próspero y feliz año nuevo 2010. Un abrazo".

Y nos reímos, todos, porque no era posible estar con Don Arnoldo y no reírse.

Lo de menos era si la situación era graciosa o no. Lo fundamental era que se reía, nos reíamos, celebrando la vida y el privilegio de estar en compañía de seres queridos y amigos. Amaba la vida como nadie que he conocido.

En octubre de 2009 se presentó en Cali (y después en Bogotá) un nuevo libro suyo largamente anunciado y esperado: *Buscando mi madre dediós* (Universidad del Valle, Cali, 2009). No pude estar presente, desafortunadamente, en ninguno de los lanzamientos.

Por supuesto, sobra escribirlo, un ejem-

plar llegó a mí y me lo dedicó así: "Mi querido Álvaro Castillo Granada: Este libro sí no es "Cuando yo empezaba", mucho menos cuando yo termina. Te lo dedica como testimonio tuyo, creador y realizador del precioso volumen, del concreto texto, testigo de "Cuando yo empezaba", que me imprimiste como homenaje a mi persona. Bogotá, 25 de marzo de 2010".

Me dio su testimonio sobre el encuentro que tuvo en Bogotá con Pablo Neruda en 1968 (hace parte de mi investigación sobre los días colombianos del poeta). Y también me contó de cuando lo vio en Varsovia en 1950. Y cuando conoció a Salvador Allende en 1970. Y de cuando y cuando y cuando... No paraba de contar historias. Tenía un millón en su cabeza. Todas las que escuchó en su infancia, las que vivió en su juventud en Bogotá, las que lo estaban esperando en Europa... Y las contaba riéndose, como si fueran lo más natural del mundo, lo más obvio, lo más frecuente porque, al fin y al cabo, su vida estuvo atravesada, marcada, dibujada por el entrecruzamiento del destino y el azar. Algo que sólo podía comprender aquel que salió un día de la selva y la lluvia rumbo a París para encontrarse con que el mundo es más grande de lo que cualquiera se imagina y que es posible recorrerlo andando armado de unas muletas, ¡hasta llegar al Polo Norte!, con la mirada altiva y la sonrisa llameante, comprometiéndose hasta la raíz con los suyos, con todos, sin olvidar que la vida es una aventura irrepetible que no se puede desperdiciar. Y esa oportunidad vale la pena compartirla con los demás, con los demás, "entre nos hermano". Y mejor si es sonriendo.

Nos escriben... "Querido y admirado Carlos-Enrique: en verdad puedes estar muy feliz de haber alcanzado a ver, en tu fructífera vida, los resultados de una larga pasión por la humanidad, el pensamiento y la cultura. No es fácil sostener una revista como la tuya a lo largo de medio siglo, ni hacerlo en una América convulsionada por distintos flagelos, y en un mundo que se desgarraba día a día./ Has llevado adelante el emprendimiento de *Aleph* con la mayor dignidad y generosidad, abriéndola a todos los vientos del humanismo, la integración, la supervivencia, la comprensión, la reconstrucción permanente de la cultura en tiempos de destrucción. Bien dicen quienes lo celebran que esto tiene carácter de acontecimiento. Y aquellos que fuimos convocados como colaboradores hace largos años nos unimos gozosamente a esa celebración./ Creo que tu labor, sostenida durante tantas décadas, ha trabajado en profundidad por la permanencia y desarrollo de la cultura americana y universal, proclamada y a veces incumplida en foros y convenios. Te saludo agradecida, y sé que recibirás estos festejos con la serenidad de los sabios, con la humildad de los verdaderamente grandes, con la felicidad de la jornada cumplida./ Un fuerte abrazo de tu amiga, al que se unen los integrantes y amigos del Centro de Estudios Poéticos Alétheia, de la Argentina. Graciela Maturo (Buenos Aires, 09.XI.2015)

"Una revista que es un logro continuo de generosidad y amor, abierta en pleno a la expresión cultural y literaria, sin otros límites que los de la óptima calidad, persistiendo a pesar de todo para

honra de su ciudad, de su país y del mundo." Rodrigo Escobar-Holguín (Cali, Col., 09.XI.2015)

"Carlos-Enrique: ¡maravillosa esta longevidad literaria! Creo que es la única revista colombiana dedicada a la cultura que puede vanagloriarse de esta constancia, aunada a la calidad y a la pertinencia. Increíble que haya pasado tanto tiempo! De verdad, va mi admiración y muchas felicitaciones por esta hazaña -como bien lo ha definido el columnista./ Abrazos, Consuelo Gaitán, Directora, Biblioteca Nacional de Colombia (Bogotá, 09.XI.20125)

"Carlos-Enrique querido: con entusiasmo me sumo al texto del Dr. Darío Valencia Restrepo quien celebra el medio siglo de existencia de la revista *Aleph*. La prolongada y siempre renovada presencia de esta publicación indica una sólida tradición y, junto al ímpetu de Carlos Enrique, Livia y el consejo editorial, la continua afluencia de diversos cultores de las humanidades, ciencias sociales, filosofía, etc.. La contribución que la revista ha hecho en Colombia, América Latina y al otro lado del Atlántico a tales estudios es, sin duda, invaluable, y le ha ganado un amplio reconocimiento internacional. No cabe sino desear que el rico trabajo que la sustenta se mantenga duraderamente, como ha sido hasta hoy./ Van mis afectos." Antonio García-Losada (West Hartford, USA, 09.XI.2015)

"Emoción y gratitud y nuestra enhorabuena, querido Carlos-Enrique, por el artículo del Dr. Valencia-Restrepo para conmemorar los cincuenta años de

Aleph, gracias a tu labor excelsa e incansable al frente de esta obra maestra de la educación y de la cultura para Colombia, Latinoamérica y el mundo. Nos sumamos, con D. Antonio García-Lozada, en esta felicitación a ti y a Livia por el 50 aniversario de Aleph, que celebraremos desde ahora con entusiasmo./ Y más emoción y gratitud por acompañar con el apunte acuático a tu precioso poema "Pensar en el decir"... No hay palabras para tanta generosidad.

Con todo nuestro afecto para ti y para Livia, les mandamos un gran abrazo." Pilar González-Gómez (Madrid, 09. XI.2015)

"Ninguna revista colombiana ha resistido cincuenta años en el panorama cultural e intelectual del país. Aleph prueba la gran perseverancia y el trabajo arduo e infatigable de un ingeniero de sueños y poeta manizalita, su director. Ha comprobado muchas veces un auténtico interés cultural por encima de cualquier cálculo contable. Independencia intelectual. Apertura y modernidad. Aleph ha abierto sus puertas con generosidad y ha invitado e impulsado a escribir lo propio sin condiciones ni restricciones, y a encontrar y leer en cada número muchos textos diversos, e interesantes./ Muchas gracias, CER"/ María-Dolores Jaramillo (Bogotá, 11. XI.2015)

Mensaje especial... "Muy apreciado profesor Carlos-Enrique:/ Con enorme beneplácito y gratitud recibí varios ejemplares de la Revista Aleph que cumple 50 años. En primer lugar debo

agradecer su deferencia al dedicar gran parte de este número especial de Aleph a la entrevista y a señalar varias páginas con mi autógrafo y fotografías. Son muchas las personas que elogian a la artista Pilar González-Gómez, quien hizo los dibujos de la portada, de la página 16 y del interior de la contracarátula./ Le cuento que pasé por la Librería Lerner del Norte y allá tenían la Revista. Varias personas, al identificarme procedieron a comprar la revista. Yo también adquirí otros ejemplares para darlos a familiares y amigos y a las bibliotecas de algunas universidades./ De verdad muchas, pero muchas gracias.

"Pero lo más importante es congratularlo en la forma más sincera por esa increíble tarea de mantener viva Aleph, magnífica expresión de humanismo y cultura. Ello es particularmente valioso en esta época cuando los verdaderos valores del ser humano son desconocidos, y realmente pisoteados por esquemas económicos que privilegian el negocio, el lucro y el enriquecimiento material rápido valiéndose de cualquier medio. Mantener la revista viva, la que usted fundó y ha dirigido, es una proeza que merece el reconocimiento y agradecimiento de todos los colombianos.

"Se vienen a mi memoria aquellos tiempos, hace cincuenta años, cuando visitamos la sede de Manizales y tomamos la decisión de designar como decano al candidato de los estudiantes, el ingeniero y arquitecto Alfonso Carvajal-Escobar, época de mucha turbulencia. Fue una sabia decisión y la sede de Manizales vino a convertirse en paradigma de la reforma tan profunda que pudimos realizar en la Universidad Nacional.

"Sabidamente la Universidad Nacional creó la "Cátedra Aleph" que usted regenta.

Son personas como usted las que mantienen vivos los verdaderos valores del ser humano, los que llevan a nuestros

jóvenes por el camino adecuado, el de la cultura y el humanismo.

"Con enorme reconocimiento le hago llegar mis congratulaciones y el más afectuoso saludo. José Félix Patiño-Restrepo, MD, FACS (Hon)" (Bogotá, 10.XI.2015)

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (x), Marta Traba (x), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (x), Luciano Mora-Osejo, Valentina Marulanda (x), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (x), Mirta Negreira-Lucas (x), Bernardo Ramírez (x), Livia González, Matilde Espinosa (x), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (x), Antonio Gallego-Urbe (x), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (x), Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (x), Norma Velásquez-Garcés (x), Luis-Eduardo Mora O. (x), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz (x), Humberto Mora O. (x), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (x), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (x), María-Leonor Villada S. (x), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambraño, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata, Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (x), Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.

Colaboradores

Jaime-Eduardo Jaramillo J. (n. 1949). Sociólogo, Ph.D., profesor titular y emérito de la Universidad Nacional de Colombia. Ensayista, autor, entre otras, de las siguientes obras: "Tipologías polares, sociedad tradicional y campesinado" (1987); "Estado, sociedad y campesinos" (1988); "América latina: modernidad y postmodernidad" (1994); "Universidad, política y cultura – La rectoría de Gerardo Molina en la Universidad Nacional de Colombia 1944-1948" (2007). En coautoría: "Colonización, coca y guerrilla" (1989); "Cultura, medios y sociedad" (1998); "Cultura, identidades y saberes fronterizos" (2005); "Facultad de Ciencias Humanas: cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de nación" (2006). Colaboraciones múltiples en revistas nacionales e internacionales.

Jorge-Orlando Melo (n. 1942). Historiador. Estudió en la Universidad Nacional, la University of North Carolina y Oxford University. Entre 1964 y 1990 fue profesor en la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de los Andes, la Universidad del Valle y Duke University. Consejero Presidencial para los Derechos Humanos (1990-1993). Consejero Presidencial para Medellín (1993-1994) y director de la Biblioteca Luis Ángel Arango (1994-2005). Columnista de prensa. Ha publicado: "El establecimiento de la dominación española" (1976), "Sobre historia y política" (1978), "Predecir el pasado: ensayos de historia de Antioquia" (1989), "Historia de Medellín" (1996), "Los orígenes de los partidos políticos en Colombia" (Editor, 1979), "Reportaje de la Historia de Colombia" (2 vols., 1989), "Colombia hoy" (14 ediciones, ... 1991), "Camino reales de Colombia" (Coeditor, con Pilar Moreno de Angel, 1995), "De sol a sol: cincuenta años de trabajo en Colombia" (Coeditor, con Aída Martínez y Ricardo Santamaría, 2004)...

Darío Valencia-Restrepo. Ingeniero civil de la Escuela de Minas (UN-Medellín) y consultor independiente, con títulos de posgrado en matemáticas de la Universidad Nacional de Colombia y en recursos del agua del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Profesor titular, emérito, doctor h.c. de la UN. Fue rector de la Universidad de Antioquia, gerente general de las Empresas Públicas de Medellín y rector de la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado diferentes libros y artículos sobre ingeniería —especialmente hidrología y recursos hidráulicos—, y otros relacionados con educación, cultura, artes, ciencia, técnica y deporte. Entre sus obras pueden mencionarse: "La formalización del pensamiento ajedrecístico", "Viaje del tiempo", "La educación en ingeniería", "Documento para un debate sobre el futuro de la universidad", "Doctorado en ingeniería para Antioquia", "La cuestión energética en Antioquia", "Las matemáticas en Colombia"; prólogos a libros de ciencia, ingeniería y música; conferencias en temas de su formación integral.

Nancy Morejón (n. 1944). Poeta, ensayista, traductora cubana. Autora, entre otros, de los siguientes libros: "Richard trajo su flauta y otros argumentos" (1967), "Parajes de una época" (1979), "Piedra pulida" (1986), "Botella al mar" (antología, 1997), "La quinta de los molinos" (2000), "Peñalver 51" (2010), "Persona" (2010). La Universidad de Salamanca recogió buena parte de su producción poética en la antología "El huerto magnífico de todos". Galardonada con diversos premios nacionales e internacionales. La Universidad de Howard, en Washington, publicó un volumen de estudios críticos sobre su obra: "Singular like a Bird: The Art of Nancy Morejón". Miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua. Su obra ha sido traducida a más de diez idiomas.



Fotografía CER (1993)

Jaime Jaramillo-Urbe

En memoria de Jaime Jaramillo-Urbe (1917-2015)

Manuscrito autógrafo de Jaime Jaramillo-Urbe	1
Jaime Jaramillo-Urbe y el campo de la historiografía profesional en Colombia <i>/Jaime-Eduardo Jaramillo J/</i>	2
Jaime Jaramillo-Urbe: pluralista y escéptico <i>/Jorge-Orlando Melo/</i>	11
<i>Las Memorias intelectuales</i> de Jaime Jaramillo-Urbe <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	16
La minería en la nueva granada (1750 -1810) <i>/Dario Valencia-Restrepo/</i>	38
Convoy para Henri Corbin <i>/Patrick Chamoiseau; versión del francés Nancy Morejón/</i>	55
Carlos Gaviria-Díaz, en "mito o logos" <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	58
N O T A S	
La revista Aleph cumple 50 años (por: Dario Valencia-Restrepo)/ Presentación del libro : "Aire y agua - Palabras que no pesan", de Andrés Calle-Noreña (por: David Deferrari)/ Don Arnoldo (por: Álvaro Castillo-Granada)/ Nos escriben.../ Patronato Histórico de la Revista/	66
Colaboradores	76